

*EL DIARIO DE LA MONJA*



# **El Diario de la Monja**

José Arturo Sarabia Campos

*EL DIARIO DE LA MONJA*

# **EL DIARIO DE LA MONJA**

**LA MALDICIÓN DEL CONVENTO**

**NOVELA GANADORA DEL REALITY  
INTERNACIONAL LITERARIO 2024 GENERO  
TERROR**

***JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS***



# *EL DIARIO DE LA MONJA*

EL DIARIO DE LA MONJA

Terror Paranormal

Primera edición 2025

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798276130781

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

# ÍNDICE

DEDICATORIA .....	5
PRÓLOGO .....	9
CAPÍTULO 1 EL INICO .....	13
CAPÍTULO 2 LOS DEMONIOS SOMETEN .....	21
CAPÍTULO 3 ISABEL REGRESA AL CONVENTO .....	28
CAPÍTULO 4 UNA MONJA ES VIOLADA .....	35
CAPÍTULO 5 INVOCAN A DEMONIOS Y ESPÍRITUS .....	41
CAPÍTULO 6 UNA MONJA EMBARAZADA .....	48
CAPÍTULO 7 EL NACIMIENTO DEL CAMBIÓN .....	56
CAPÍTULO 8 EXORCISAN A UNA MONJA .....	65
CAPÍTULO 9 EL ANTICRISTO .....	76
CAPÍTULO 10 ELÍAS, EL CAMBIÓN .....	83
CAPÍTULO 11 EL DEMONIO ATACA .....	93
CAPÍTULO 12 PLAGAS EN EL CONVENTO .....	100
CAPÍTULO 13 LAS MONJAS EXORCISTAS .....	109
CAPÍTULO 14 OFRECIÓ SU ALMA .....	118
CAPÍTULO 15 EL MALETÍN DE LA MONJA .....	129
EPÍLOGO .....	140
AGRADECIMIENTO .....	142

# **DEDICATORIA**

A ustedes, los que duermen con la luz encendida no por miedo, sino por respeto.

Los que saben que la verdadera oscuridad no está debajo de la cama, sino en las páginas que se atreven a abrir cuando todos los demás cierran los ojos.

Esta novela es suya.

Para los que crecieron con El Exorcista y entendieron, desde niños, que la posesión más aterradora no es la del cuerpo, sino la del alma que aún conserva un resto de inocencia.

Para los que leyeron a Blatty, a Lovecraft, a King, y aun así sintieron que algo faltaba: el sabor mexicano del miedo, el olor a copal y sangre de maguey, el eco de campanas que ya no existen.

Para los que han buscado, entre las miles de historias de casas embrujadas y asesinos seriales, una que hable de conventos donde se parió al demonio y se le dio de mamar.

Para los que han soñado con un diario escrito por una monja que vio nacer al Anticristo y, en vez de quemarlo, decidió abrazarlo.

Sí, a ustedes les hablo.

A los que guardan velas negras por si acaso.

A los que dibujan cruces de sal en los marcos de las puertas cuando la tormenta huele raro.

A los que saben que el verdadero terror no es el jumpscare (sobre salto repentino usado en películas), sino la madre que ofrece su alma a cambio de la vida de su hija y el demonio acepta.

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

Ustedes reconocieron desde el primer capítulo que este no era un libro más.

Ustedes sintieron el frío en la nuca cuando Elías, con sus cuernitos de terciopelo y sus ojos dorados, preguntó si él era el fruto bendito del vientre de María.

Ustedes se asombraron cuando Gloria, con el hábito desgarrado y la oreja sangrando, le gritó a Belial que el demonio que la violó «era un macho de verdad» y que él no le llegaba ni a los talones.

Ustedes contuvieron el aliento cuando Isabel abrió el maletín y descubrió que la verdadera posesión no era la del cambián... sino la de una monja muerta que llevaba trescientos años esperando un cuerpo prestado para terminar su exorcismo.

Ustedes, fanáticos del terror, son los únicos que entienden que este libro no se lee: se sobrevive.

Porque ustedes saben que el miedo de verdad no viene de los demonios.

Viene de las madres que los aman igual.

Viene de las monjas que, sin permiso del Vaticano, se ponen la estola morada y salen a pelear contra legiones.

Viene de la certeza de que, en algún lugar de México, todavía hay un convento donde las paredes rezan solas y el pozo guarda un latido que nunca se apagó.

El terror mexicano lleva sotana, lleva escapulario, lleva rosario y, cuando hace falta, lleva cuchillo.

Ustedes son los que reconocieron, desde la primera página, que este libro no era para débiles de espíritu.

Que aquí no hay final feliz de Hollywood.

Que aquí el demonio a veces gana batallas.

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

Que aquí la redención duele más que la condenación.

Y aun así lo leyeron hasta el final.

Por eso esta novela les pertenece.

Porque ustedes son los verdaderos poseídos: poseídos por la necesidad de mirar al abismo, aunque el abismo les devuelva la mirada.

Poseídos por la urgencia de escuchar la verdad, aunque queme la lengua.

Poseídos por el amor a las historias que no consuelan, sino que sangran.

Gracias por no tener miedo de tener miedo.

Gracias por acompañarme en este descenso al pozo.

Gracias por sostener la vela cuando yo ya no podía.

Gracias por ser la comunidad que convirtió un diario prohibido en un grito que retumba hasta el infierno.

Y si alguna noche sienten la sombra sobre el pecho, si alguna noche escuchan que alguien susurra su nombre en latín barroco, si alguna noche huelen a incienso y a sangre vieja, no teman.

Solo cierren los ojos y recuerden que, en algún lugar, Magdalena y Gloria siguen rezando por ustedes.

Que Isabel sigue escribiendo por ustedes.

Que Elías, dondequiera que esté, aún lleva una parte de humanidad que ustedes ayudaron a salvar.

Este libro es suyo.

Quémelo si quiere.

*EL DIARIO DE LA MONJA*

Entiérrelo si quiere.

Pero nunca, nunca, lo olvide.

Porque mientras alguien lo recuerde, el infierno sabrá que no ganó del todo.

Con terror, con fe y con una rosa blanca que nunca se marchita.

Con gratitud.

José Arturo Sarabia Campos

# PRÓLOGO

En algún lugar de la sierra central de México existe, un convento del que nadie habla en voz alta. Los viejos del pueblo más cercano bajan la mirada cuando se menciona su nombre. Los taxistas se niegan a pasar por el camino viejo después de las seis. Los niños juran que, en las noches sin luna, se oyen campanas que ya no tienen badajos y voces de mujeres que rezan en latín antiguo.

Yo entré allí por curiosidad periodística.

Salí convertida en algo que aún no sé nombrar.

Me llamo Isabel Rodríguez y este libro es el testimonio de lo que encontré dentro de aquellas ruinas: un diario de cuero carcomido, escrito por una monja del siglo XVII llamada Magdalena, que narraba, día tras día, la historia más aterradora y más hermosa que jamás se haya contado en este país.

Una historia que empieza con una violación demoníaca y termina con redención imposible.

Una historia que incluye un parto en una celda subterránea, un niño con cuernos que recibió la Comunión sin quemarse, dos monjas que se convirtieron en las únicas exorcistas que el Infierno realmente temió, y una madre que ofreció su alma a cambio de la vida de su hija.

Pero, sobre todo, una historia de mujeres que se negaron a callar.

Todo comenzó con un rumor. En 2024 me encargaron una nota sobre «lugares embrujados» para un suplemento dominical. Entre docenas de leyendas urbanas apareció la del convento de San Jerónimo de la Sierra, abandonado desde el siglo XVIII. Decían que allí había nacido el Anticristo mexicano. Decían que

las monjas habían sido masacradas por demonios. Decían que quien entraba de noche no salía nunca.

Fue suficiente para que yo, escéptica hasta la médula, tomara mi grabadora y partiera.

Encontré el convento en ruinas, sí, pero no vacío.

Encontré un viejo diario sobre una mesita de noche carcomida.

Y al abrirlo, la primera línea me golpeó como un latigazo:

La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 13 de octubre de 1675, año del Señor.

Esta noche un demonio violó a la hermana Gloria delante de mis ojos.

No pude parar de leer.

Durante semanas, meses viví poseída por aquellas páginas. Leí cómo Gloria, una novicia de veintitrés años, fue poseída por un íncubo llamado Asmodeo. Leí cómo quedó embarazada. Leí el parto infernal en la celda profunda, el niño que nació con cuernos y cola, al que bautizaron Elías porque «Mi Dios es Yahvé» era el mayor desafío que podían hacerle al padre infernal. Leí cómo ese niño imposible aprendió a rezar el Ave María, curó a una monja que sufría temblores con un toque, recibió la Comunión sin que la hostia le quemara la lengua... y aun así, en el fondo de sus ojos dorados siempre latió la promesa de que algún día volvería con su verdadero padre.

Leí cómo Elías creció a una velocidad imposible, cómo su madre lo abrazaba cada noche sabiendo que estaba criando al Anticristo, cómo las monjas lo quisieron con un amor que desafiaba toda lógica y toda teología. Leí la noche en que el íncubo regresó con un ejército de sombras y Elías, ya un joven,

se sacrificó para salvarlas: se entregó al infierno con tal de que las plagas contra las monjas cesaran.

Leí cómo, después de su partida, el convento se convirtió en refugio de los poseídos del pueblo. Cómo Magdalena y Gloria, sin permiso de ningún obispo, sin estola ni ordenación, se transformaron en las temidas «monjas exorcistas». Cómo enfrentaron a Belial, a legiones enteras, cómo insultaron a los demonios con una valentía que haría palidecer a cualquier sacerdote. Cómo una madre ofreció su alma para salvar a su hija poseída y el demonio aceptó el trato.

Y leí, con el corazón en la garganta, cómo todo eso era solo el principio.

Porque el diario no terminaba en 1692.

Terminaba conmigo.

En la última página, escrita con letra temblorosa pero firme, Magdalena había dejado una advertencia:

«Si algún día una mujer encuentra este libro, que sepa que no es casualidad.

Que sepa que yo la estuve esperando trescientos treinta y tres años.

Que sepa que el pozo sigue ahí abajo.

Y que Asmodeo sigue vivo.»

Cuando terminé de leer, ya era de noche.

Y la sombra vino por primera vez.

No diré que fue imaginación. No diré que fue estrés.

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

Diré que sentí un peso sobre el pecho, un aliento frío en la nuca y una voz que me llamaba por mi nombre.

Huí del convento esa misma madrugada.

Pero el diario vino conmigo.

Durante días intenté olvidarlo. Intenté convencerme de que todo era una alucinación colectiva, una leyenda barroca exagerada por el tiempo. Hasta que las sombras empezaron a visitarme cada noche en la ciudad. Hasta que despertaba con arañazos en la espalda que ningún gato podría haber hecho. Hasta que una voz comenzó a susurrarme, en perfecto latín del siglo XVII, que no escaparía.

Regresé al convento.

Y lo que ocurrió allí, no lo contaré aquí.

Lo leerás en el capítulo 15.

Solo diré que cuando salí, el sol brillaba como nunca había brillado en ese lugar. Que los cuervos se habían convertido en palomas. Que el pozo estaba lleno de agua cristalina. Y que en mi pecho ya no latía solo mi corazón: latían también el de dos mujeres muertas que se negaron a desaparecer.

Este libro no es ficción.

Este libro no es una novela de terror común.

Este libro es un exorcismo colectivo.

Cada capítulo que vas a leer fue escrito con sangre, con lágrimas, con leche materna y con agua bendita. Cada página huele a incienso y a azufre. Cada uno hará que no puedas dejar de leer, como me pasó a mí.

Isabel Rodríguez

## **CAPÍTULO 1 EL ÚNICO**

**E**n un rincón olvidado del mundo, donde los árboles retorcidos parecían susurrar secretos impíos, se erguía un convento en ruinas, envuelto en una neblina perpetua que devoraba la luz del sol. Sus muros de piedra, carcomidos por siglos de abandono, exudaban un hedor a podredumbre y desesperación. Los aldeanos del pueblo más cercano, a kilómetros de distancia, evitaban siquiera mencionar su nombre, temían que las palabras atrajeran la atención de las entidades que acechaban en su interior. La leyenda decía que, en el siglo XVII, las monjas que lo habitaban habían sellado un pacto con un demonio antiguo, y con ello condenaron sus almas y las de cualquiera que osara cruzar sus puertas.

Isabel, una periodista de 28 años con un hambre insaciable por historias que desafiaran lo convencional, llegó al pueblo en un atardecer teñido de sangre. Su cabello castaño ondeaba al viento mientras descargaba su mochila en la posada, un edificio destartado que parecía tan olvidado como el resto del lugar. Los lugareños la miraban con recelo, sus ojos cargados de advertencias no pronunciadas. Isabel, sin embargo, estaba decidida. Había oído rumores sobre el convento maldito y estaba convencida de que desentrañar sus misterios le valdría el reconocimiento periodístico que tanto anhelaba.

En la posada, intentó alquilar un vehículo para llegar al convento, pero ningún conductor aceptó, ni siquiera cuando ofreció triplicar la tarifa. Sus rostros palidecían al mencionar el lugar, y uno de ellos, un hombre de mirada nerviosa, le susurró:

—Busca al viejo Eusebio. Es el único lo bastante loco para acercarse a ese infierno.

Sin perder tiempo, Isabel pidió que la llevaran a la cabaña de Eusebio, situada en las afueras del pueblo. El trayecto en un jeep destartado fue silencioso, interrumpido solo por el crujir de las ramas bajo las ruedas. Al llegar, llamó a la puerta de madera astillada. Una voz rasposa respondió desde el interior:

—¡Pase, está abierto!

Dentro, un anciano de rostro curtido, con ojos hundidos que parecían haber visto demasiado, mecía una silla junto a una chimenea apagada. Al escuchar el propósito de Isabel, su expresión se endureció.

—Ese lugar no es para los vivos —gruñó—. Los demonios que lo habitan no descansan. Nadie que entre sale igual... si es que sale.

Isabel, con una mezcla de escepticismo y arrogancia, rio con mesura.

—Solo quiero fotos y una buena historia. No creo en demonios.

Tras una hora de súplicas y un generoso pago, Eusebio cedió, aunque con una condición: la llevaría hasta el sendero que conducía al convento, pero no pondría un pie más allá. Acordaron partir al amanecer.

Esa noche, en su habitación de la posada, Isabel revisó su equipo: una cámara réflex, una grabadora digital, linternas y un cuaderno. Mientras ordenaba sus cosas, un escalofrío la recorrió. Las paredes de la habitación parecían susurrar, y por un instante, juró ver una sombra deslizarse por el rabillo del ojo. Sacudió la cabeza, atribuyéndolo al cansancio, pero el sueño no llegó tan fácil. En la oscuridad, el ulular del viento sonaba como un lamento lejano.

Al alba, Eusebio la esperaba con dos caballos famélicos. El viaje de tres horas fue agotador, pues atravesaron un bosque

donde los árboles parecían inclinarse hacia ellos, como si intentaran atraparlos. Los caballos relinchaban inquietos, y más de una vez se detuvieron, negándose a avanzar. Eusebio, con el rostro tenso, murmuraba oraciones en voz baja.

Llegaron al inicio del sendero al mediodía. El aire era denso, cargado de un olor a tierra húmeda y algo más... algo podrido. Eusebio señaló un camino angosto que serpenteaba entre la maleza.

—Una hora a pie. Te espero tres horas, ni un minuto más. Si no vuelves, me voy. Nadie cruza este bosque de noche.

Isabel asintió, ajustándose la mochila. Con una linterna en una mano y la cámara en la otra, se adentró en el sendero. El silencio era opresivo, roto solo por el crujir de las hojas bajo sus botas. A medida que avanzaba, la neblina se espesaba, y el sol parecía desvanecerse, como si el bosque conspirara para mantenerla en la penumbra.

Tras una hora que pareció una eternidad, divisó el convento. Sus torres desmoronadas se alzaban como garras hacia un cielo plomizo. La cerca de hierro, cubierta de hiedra negra, estaba torcida, como si algo hubiera intentado escapar. Las puertas principales, de madera carcomida, colgaban de sus goznes, invitándola a entrar.

Al cruzar el umbral, el aire se volvió gélido, y un hedor a moho y sangre rancia le revolvió el estómago. Los pasillos del convento eran un laberinto de sombras, iluminados solo por los rayos mortecinos que se filtraban a través de los vitrales rotos. Cada paso resonaba como un sacrilegio, y los muros parecían palpar, como si el edificio estuviera vivo.

Isabel encendió su linterna y comenzó a grabar.

—Día uno, 12:47 p.m. —dijo en voz baja—. Estoy dentro del convento. La estructura es inestable, pero... hay algo extraño en el aire. Es como si alguien me observara.

Avanzó por un corredor flanqueado por retratos de monjas, sus rostros pintados con expresiones de angustia. Algunos lienzos estaban rasgados, como si garras invisibles los hubieran destrozado. Al pasar frente a uno, juró que los ojos de la monja la siguieron. Se detuvo, con el corazón acelerado, pero al volver a mirar, la pintura estaba inmóvil.

El suelo crujía bajo sus pies, y de pronto, un lamento gutural resonó en la distancia. Isabel se congeló y giró la linterna en todas direcciones.

—¿Hola? —llamó, su voz temblorosa traicionó su fachada de valentía. Solo el eco respondió.

Decidida a no dejarse intimidar, bajó por una escalera de piedra que descendía a los sótanos. El aire allí era aún más denso, cargado de un frío que calaba los huesos. Las celdas a ambos lados del corredor estaban vacías, pero las cadenas oxidadas que colgaban de las paredes aún se balanceaban con ligereza, como si algo invisible las hubiera tocado momentos antes.

En una de las celdas, encontró un crucifijo invertido grabado en la pared, rodeado de marcas de arañazos profundos. La grabadora captó un susurro apenas audible:

—... Vete... no perteneces aquí...

Isabel retrocedió y tropezó con una piedra suelta. Su linterna parpadeó, y por un instante, la oscuridad la engulló. Cuando la luz regresó, una figura borrosa se materializó al final del corredor: una monja encorvada, con un hábito raído que flotaba como si estuviera bajo el agua. Su rostro estaba oculto en sombras, pero sus ojos brillaban con un rojo antinatural.

Isabel gritó y corrió hacia la escalera, subió los peldaños de dos en dos. Al llegar al piso principal, se apoyó contra una pared y jadeó. La figura no la había seguido, pero el aire vibraba con una

energía maligna. Sacó su cámara y tomó fotos con frenesí, aunque temía lo que las imágenes podrían revelar.

Impulsada por un instinto, se dirigió hacia la capilla, guiada por una melodía discordante que parecía emanar de las paredes. Los vitrales de la capilla proyectaban escenas grotescas: monjas arrodilladas ante una figura cornuda, sus rostros retorcidos en éxtasis y dolor. En el altar, un libro abierto parecía llamarla. Al acercarse, notó que las páginas estaban en blanco, pero al tocarlas, palabras en latín brotaron, como si la tinta surgiera de la nada.

Un crujido detrás de ella la hizo girar. Una sombra se deslizó por el suelo, y el aire se llenó de risas susurrantes.

—¡Sal de aquí! —gritó una voz, pero no había nadie. Aterrada, Isabel salió a toda prisa de la capilla y tropezó con los bancos podridos.

En su huida, Isabel se adentró en un ala del convento que no había explorado. Los pasillos eran más estrechos, las paredes cubiertas de moho y símbolos arcanos. Las puertas de los aposentos estaban abiertas y dejaban ver camas deshechas, rosarios rotos y biblias quemadas. En una de las habitaciones, un susurro la detuvo en seco:

—¡Corre! ¡No mires atrás!

Con el corazón en la garganta, Isabel entró en la habitación. Era austera, con una cama rota, una mesa cubierta de cera y un pequeño libro en el centro. Lo tomó con manos temblorosas. Era un diario, sus páginas amarillentas crujían bajo sus dedos. La primera entrada estaba fechada en 1674:



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 21 de enero de 1674, año del Señor.

Con el paso de los días, este convento se ha convertido en un calvario. Las hermanas caen una tras otra, poseídas por espíritus que las hacen hablar en lenguas olvidadas. Sus cuerpos se contorsionan, sus voces se quiebran en alaridos que no son humanos. La abadesa teme que el demonio haya encontrado un hogar entre nosotras.

Isabel hojeó el diario, fascinada y horrorizada. Las entradas describían exorcismos fallidos, monjas que se arrancaban la piel en ataques de frenesí y una presencia que parecía crecer con cada ritual. Una entrada en particular la hizo detenerse:



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 12 de marzo de 1674, año del Señor.

La hermana Ana fue la primera en caer. Dice que el demonio le susurra por las noches, prometiéndole riqueza, poder y juventud eterna si le entrega su alma. Sus ayunos la han reducido a un esqueleto, pero su fe la mantiene viva. Ayer, durante un exorcismo, el padre Bedolla fue arrojado contra la pared por una fuerza invisible. Temo que nadie pueda salvarnos.

Un crujido en el pasillo la sacó de su trance. Al levantar la vista, vio un par de pies descalzos y negros, con uñas largas como garras. Una risa gutural llenó la habitación, y una voz inhumana susurró:

—¡Nunca saldrás! ¡Tu alma nos pertenece desde hace mucho!

Isabel cerró el diario y corrió; su linterna parpadeaba mientras atravesaba los pasillos. Las sombras de las monjas la perseguían, sus rostros demacrados aparecían en cada esquina. Las puertas se cerraban solas, y el suelo parecía inclinarse, como si el convento intentara atraparla.

Isabel llegó a la entrada principal, pero las puertas estaban selladas, como si una fuerza invisible las mantuviera cerradas. Golpeó la madera con desesperación y gritó hasta que su voz se quebró. El aire se llenó de lamentos, y las sombras se acercaron; sus manos esqueléticas rozaban su piel.

De pronto, un relincho lejano la hizo girar. A través de una ventana rota, vio a Eusebio que se acercaba al convento al galope, alertado por sus gritos. Con un último esfuerzo, Isabel rompió una ventana y saltó al exterior; los cristales le cortaron la piel. Corrió hacia Eusebio, quien la ayudó a subir al caballo.

—¡Vámonos! —gritó ella mientras dirigía la mirada hacia el convento. En las ventanas, decenas de figuras oscuras los observaban; sus ojos brillaban como brasas.

El viaje de regreso fue una pesadilla. El bosque parecía vivo, con ramas que se alargaban para atraparlos y susurros que los perseguían. Isabel se aferró al diario, que había guardado en su mochila sin darse cuenta. Eusebio no dijo nada, pero sus manos temblaban mientras guiaba al caballo.

En la posada, Isabel se encerró en su habitación. El diario estaba sobre la cama, abierto en una página que no había leído:



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 23 de marzo de 1674, año del Señor.

El demonio no se irá. Nos ha reclamado a todas. La hermana Ana murió anoche, pero su cuerpo sigue moviéndose, como si él la habitara. El padre Juan Manuel dice que el convento está maldito para siempre. Quien entre aquí será su presa.

Isabel cerró el diario, pero el aire en la habitación se volvió frío. Un susurro llenó el silencio:

—No escapaste... nunca escaparás.

Se giró, pero no había nadie. Sin embargo, en el espejo, vio su reflejo... y detrás de ella, la figura de una monja con ojos vacíos que sonreía.

## CAPÍTULO 2 *LOS DEMONIOS SOMETEN*

La noche era un sudario negro que envolvía la posada, un edificio de piedra antigua cuyos muros parecían gemir bajo el peso de secretos innumbrables. Isabel, con el corazón que latía como un tambor de guerra, se ocultó entre las cobijas de su cama, aferrada al diario que había robado del aposento de una monja. El cuero gastado del libro olía a moho y a algo más, algo metálico y corrupto, como sangre seca. Sus dedos temblaban al pasar las páginas, pero no podía detenerse. Cada palabra escrita en tinta desvaída era una puerta hacia un abismo que amenazaba con tragarla. El diario no era solo un relato; era un grito de terror atrapado en el tiempo, un testimonio de las monjas que habían enfrentado al mismísimo infierno.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 20 de mayo de 1674, año del Señor.

Yo, la monja Magdalena, escribo estas palabras con manos temblorosas, pues lo que he presenciado en este convento ha desgarrado mi alma. Los demonios no son meras sombras en nuestra imaginación, como algunos frailes aseguran. Son reales, palpables, y su malicia se retuerce en cada rincón de este lugar sagrado. He visto cómo toman formas grotescas: serpientes aladas con ojos que brillan como brasas, sapos negros con cuernos que secretan un veneno que quema la piel al tocarlo, y gusanos gordos que se arrastran en enjambres, sus cuerpos pulsan con una vida impía. A veces, se disfrazan de hombres, pero no son humanos. Sus rostros son máscaras de lobos, con

colmillos que relucen bajo la luz de la luna, y sus risas... oh, Dios, sus risas son un eco que perfora el alma.

Isabel tragó saliva, un escalofrío le recorrió la columna como si una garra invisible la hubiera rozado. El aire en la habitación se volvió denso, y por un momento juró que escuchó un susurro, un murmullo que no venía de ningún lugar y de todos a la vez. Miró a su alrededor, pero solo había sombras que danzaban en las paredes, proyectadas por la débil llama de su vela. Volvió al diario, incapaz de resistir su llamada.



Las hermanas poseídas sufren tormentos que ninguna mente humana debería soportar. La hermana Lucrecia, la más dulce de nosotras, ha cambiado. Su voz, antes un canto angelical, ahora alterna entre un susurro infantil y un gruñido gutural que no parece suyo. A veces, en la capilla, la he visto retorcerse en el suelo, con los ojos en blanco, mientras su cuerpo se arquea de formas imposibles. De su boca han salido cosas... criaturas vivas, insectos con patas afiladas que corren hacia la oscuridad antes de que podamos atraparlos. Las hermanas dicen que sienten alimañas moviéndose bajo su piel, como si sus cuerpos fueran nidos. En su desesperación, algunas han intentado arrancarlas con las uñas y dejan surcos sangrientos en su carne. La hermana Carmelita, en un ataque de locura, se provocó el vómito, y de su garganta emergió un nudo de gusanos negros que se retorcían y emanaban un hedor a carne podrida que llenó el dormitorio.

Isabel cerró el diario por un instante y sintió náuseas. El convento, que en su imaginación había sido un refugio de paz, ahora se le antojaba una tumba viva, un lugar donde la fe era

devorada por algo mucho más antiguo y cruel. Pero no podía parar. El diario era su boleto a la fama, el reportaje que la sacaría de la mediocridad periodística. Respiró hondo y continuó.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 8 de junio de 1674, año del Señor.

La fe que una vez me sostuvo se desmorona como arena entre mis dedos. ¿Cómo puede Dios permitir que sus siervas sean atormentadas así? Los frailes culpan nuestra naturaleza, dicen que somos débiles, propensas a la lascivia y al pecado. ¡Mentiras! Este convento es un bastión de devoción. Pasamos nuestras horas en oración, en silencio, confeccionamos figuras sagradas y vestimos imágenes de la Virgen. Pero ni siquiera la pureza de nuestros actos nos protege. Los demonios no respetan nuestros votos; al contrario, parecen deleitarse en profanarlos. Ayer, durante el coro, la hermana Inés se desplomó y convulsionó. De sus labios salió una voz que no era suya, una voz que reía y maldecía en una lengua que nadie reconoció. Los candelabros de la capilla se apagaron solos, y el aire se llenó de un olor a azufre que nos hizo toser hasta sangrar.

Conversé con el padre Juan de Montero, mi confesor. Es un hombre agotado, con los ojos hundidos por noches sin dormir. Me confesó que ha enfrentado al mal antes, pero nunca así. Dice que este convento está maldito, que algo despertó en estas tierras mucho antes de que se construyera. No sabe cómo detenerlo. Nadie sabe.

Isabel sintió un nudo en el estómago. La idea de una maldición antigua, algo que precedía a las monjas y al convento

mismo, la llenó de un terror que no podía explicar. Afuera, el viento aullaba, y las ramas de un árbol cercano golpeaban la ventana como dedos huesudos. Se obligó a continuar con la lectura, aunque cada palabra parecía apretar un lazo invisible alrededor de su pecho.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 11 de agosto de 1674, año del Señor.

Hoy se cumple un año desde que la hermana Soledad vino a mí, con el rostro pálido y los ojos vidriosos, rogándome que escuchara su confesión. Pensé que exageraba, que su alma estaba turbada por algún pecado venial. Pero lo que me relató me heló la sangre. Dijo que, una noche, mientras rezaba en la capilla, sintió una presencia detrás de ella. No era la calidez de Dios ni la paz de los santos, sino algo frío, algo que olía a tierra húmeda y sangre. Cuando le pregunté quién era, susurró un nombre que aún me quema al escribirlo: Lucifer.

Isabel contuvo el aliento. El nombre parecía flotar en el aire, como si al leerlo lo hubiera invocado. La vela parpadeó, y por un instante, la sombra de su propia mano en la pared pareció alargarse, como si no fuera suya. Sacudió la cabeza, trataba de convencerse de que era su imaginación, y siguió con la lectura.



La hermana Soledad confesó que aquella noche, Lucifer le habló. No con palabras audibles, sino con susurros que se

deslizaban en su mente como serpientes. Le prometió placeres prohibidos, pasiones que ninguna monja debería conocer. Dijo que sintió sus manos frías, aunque seductoras, que acariciaban su cuello, sus hombros, hasta bajar por su cuerpo. Su mente le gritaba que resistiera, pero su carne cedió. Relató, con lágrimas en los ojos, cómo él la poseyó en la capilla, bajo la mirada de los santos. Dijo que fue un éxtasis que la hizo olvidar a Dios, un placer que la consumió hasta dejarla vacía.

Al principio, pensé que deliraba, que la fiebre o la locura la habían dominado. Pero luego vi las marcas en su cuerpo: huellas de dedos quemados en su piel, moretones que no podían explicarse. Me dijo que Lucifer volvió noche tras noche, siempre en el jardín del convento, donde las rosas blancas se marchitaban a su paso. Allí, bajo la luna, se entregaban el uno al otro en un ritual de carne y sombra. Ella lo amaba, lo admitió con una mezcla de vergüenza y desafío. Decía que él la había elegido porque su alma era diferente, porque en el fondo de su devoción siempre había anhelado algo más, algo humano, algo prohibido.

Isabel sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable. La historia de Soledad no era solo grotesca; era una profanación que desafiaba todo lo que ella creía posible. Pero el diario no mentía. Las palabras de la monja Magdalena estaban impregnadas de un terror tan visceral que era imposible dudar de ellas. Afuera, el viento se convirtió en un lamento, y por un momento, Isabel juró que escuchó pasos en el pasillo. Se quedó inmóvil, con el corazón en la garganta, aunque no había nada. Solo el silencio, que ahora parecía más amenazante que cualquier ruido. De modo que de continuó con la lectura.



La hermana Soledad pagó un precio por su amor impío. Su belleza, que una vez fue la envidia del convento, se desvaneció en semanas. Su piel se arrugó como pergamino viejo, su cabello se volvió blanco y quebradizo. Las hermanas murmuraban que era brujería, que había hecho un pacto con el diablo. Una noche, vino a despedirse. Apenas podía caminar, apoyada en un bastón, con el rostro de una anciana. Me dijo que Lucifer le había ofrecido una última elección: renunciar a su fe y unirse a él en el infierno, o morir en la gracia de Dios, pero sola. Su voz temblaba, aunque sus ojos brillaban con una determinación que me aterró. Había elegido al demonio.

Me pidió que la acompañara al bosque, a un claro donde él la esperaba. Aterrada, accedí, movida por una curiosidad malsana. Caminamos en la oscuridad, con solo la luz de la luna para guiarnos. El aire estaba cargado de un olor dulzón, como flores podridas. Cuando llegamos al claro, me pidió que me alejara y que no mirara atrás, sin importar lo que escuchara. Obedecí, aunque no pude resistir la tentación. Desde la distancia, vi una figura que surgía de las sombras. No era un hombre, pero tampoco un monstruo. Era algo intermedio, con alas negras que parecían absorber la luz y ojos que ardían con un fuego frío. La abrazó, y sus labios se unieron en un beso que parecía succionar su alma. Entonces, ella se desvaneció, como si nunca hubiera existido.

Corrí de vuelta al convento, con el corazón a punto de estallar. Desde entonces, las noches de tormenta son peores. Las hermanas dicen que ven a Soledad bailar con Lucifer en los relámpagos, sus cuerpos entrelazados en un vals infernal. Su historia es una advertencia, pero también una maldición. Este convento está condenado, y temo que ninguna de nosotras logre escapar.

Isabel cerró el diario con un golpe seco. Su respiración era errática, y el sudor le empapaba la frente. No era solo la historia; era la sensación de que algo la observaba, algo que había despertado al leer esas palabras. La vela se apagó de repente y la habitación quedó en la oscuridad. En el silencio, escuchó un susurro, claro y cercano, que decía su nombre:

—Isabel...

Gritó y se levantó; al hacerlo, derribó una silla. Corrió hacia la puerta, pero no podía abrirla. Golpeó con los puños, desesperada, mientras el susurro se convertía en una risa baja, burlona, que parecía venir de las paredes mismas. El diario, aún en sus manos, parecía latir, como si estuviera vivo. Y entonces, en la oscuridad, sintió una mano fría rozar su nuca.

### CAPÍTULO 3 ISABEL REGRESA AL CONVENTO

Isabel, continuaba escondida en la posada ruinoso del pueblo, sostenía el diario robado como si fuera una reliquia maldita. El cuero agrietado del libro parecía latir bajo sus dedos, y el aire a su alrededor se volvía más denso con cada página que pasaba. El silencio de la habitación era opresivo, roto solo por el crepitar de la vela que apenas iluminaba el escritorio. Había huido del convento tras escuchar un lamento espectral que la llamó por su nombre, convencida de que era la hermana Soledad, atrapada en un limbo de tormento. Ahora, el diario era su única pista, pero también su condena.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 3 de septiembre de 1674, año del Señor.

Yo, Magdalena, escribo estas palabras con un temor que me consume. Hoy, mientras limpiaba la biblioteca, mis manos tropezaron con un envoltorio oculto tras una estantería. Al desenvolverlo, hallé un libro encadenado, su cubierta de cuero negro desgastado, marcado con símbolos que no reconocí. Las cadenas que lo ataban eran frías al tacto, como si absorbieran la vida de quien las rozara. ¿Por qué encadenar un libro? ¿Qué secretos guarda que inspire tal precaución? Al sostenerlo, un escalofrío me recorrió, como si el libro mismo me observara. Sus páginas, amarillentas y manchadas por el tiempo, parecían susurrar, no con palabras, sino con un lamento que resonaba en mi alma.

Isabel sintió un nudo en la garganta. La descripción del libro le recordaba al diario que ahora tenía en sus manos, aunque este no estaba encadenado. Miró a su alrededor, temerosa de que las sombras en las esquinas de la habitación cobraran vida. El viento aullaba afuera, y las ventanas de la posada crujían como si algo intentara entrar. Volvió al diario, incapaz de resistir la curiosidad.



Llevé el libro al padre Juan de Montero, mi confesor. Al verlo, su rostro palideció, y retrocedió como si hubiera tocado una serpiente. Con voz temblorosa, me preguntó dónde lo había encontrado. Le conté la verdad, pero sus ojos reflejaban un terror que no podía disimular. Me habló de una leyenda susurrada entre los clérigos: el libro fue escrito por un monje enloquecido que vivía en las profundidades del bosque, un ermitaño que había pactado con fuerzas oscuras para obtener un conocimiento prohibido. Nadie sabía si el libro era real, aunque se decía que sus páginas eran portales a otros mundos, llenas de invocaciones y conjuros que podían despertar a ángeles... o demonios.

El padre Juan me ordenó devolver el libro a su escondite y no hablar de él con nadie. Dijo que era una abominación, un objeto maldito que no debía ser tocado. Obedecí, o al menos eso intenté. Pero mientras lo llevaba de vuelta a la biblioteca, una voz en mi interior me susurró que lo guardara, que estaría más seguro conmigo. En la soledad de mis aposentos, no pude resistirme. Con la luz de una vela, quité las cadenas con cuidado, temía que el menor ruido despertara algo. Al abrirlo, la primera página, escrita en latín, me heló la sangre: *Monitum: Qui removet catenas et aperuerit hunc librum, daemonium Azazel liberabit.*

Isabel dejó caer el diario sobre la mesa, su respiración entrecortada. El nombre «Azazel» resonó en su mente como un eco de pesadilla. La habitación parecía más oscura, como si la luz

de la vela se debilitara bajo el peso de esa revelación. Recordó los manuscritos que había encontrado en la biblioteca del pueblo, los textos apócrifos del «*Libro de Enoc*». Azazel no era un demonio cualquiera; era el líder de los Vigilantes, ángeles caídos que habían corrompido a la humanidad con conocimientos prohibidos y lujuria desenfrenada. Su castigo fue el destierro, pero su malicia había sobrevivido, esperaba un momento de debilidad para regresar. Y la monja Magdalena, con su curiosidad imprudente, le había abierto la puerta.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 15 de junio de 1674, año del Señor.

Desde que abrí el libro, el convento ya no es un refugio. Las sombras se mueven cuando nadie las mira, y los pasillos, antes silenciosos, están llenos de susurros que no puedo entender. Las hermanas no lo notan, o fingen no hacerlo, sin embargo, yo sé que algo me acecha. La noche anterior, mientras rezaba en mis aposentos, sentí una presencia detrás de mí. El aire se volvió pesado, cargado de un olor a azufre y carne podrida. No me atreví a girarme, pero juro que escuché una risa baja, como si alguien se burlara de mi miedo.

Isabel sintió un escalofrío. La posada, con sus paredes agrietadas y su olor a humedad, no era mejor que el convento. Cada crujido del suelo la hacía sobresaltarse, y las sombras parecían alargarse, hasta formar figuras que desaparecían cuando las miraba de manera directa. El diario estaba incompleto; algunas páginas habían sido arrancadas, y solo quedaban fragmentos de la historia de la monja Magdalena. Pero Isabel no

podía detenerse. Había encontrado una pista en los manuscritos del pueblo, y ahora sabía que Azazel no actuaba solo. Si había sido liberado, sus seguidores —los Vigilantes— ya podrían estar con él, al acecho en las sombras.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 20 de junio de 1674, año del Señor.

Anoche, en la capilla, enfrenté al mal. Estaba sola, arrodillada ante el altar, cuando una mano fría se posó en mi hombro. El terror me paralizó, pero me giré, y lo que vi me arrancó un grito que aún resuena en mi alma. Era un demonio, alto como una torre, con orejas puntiagudas, colmillos que brillaban como dagas y cuernos que se retorcían hacia el cielo. Sus ojos eran brasas ardientes, y sus garras, largas como cuchillos, rasgaron el aire frente a mí. No sé de dónde saqué el valor para tomar mi crucifijo y enfrentarlo. Recité las oraciones de protección que el padre Juan me enseñó, para invocar la luz divina.

El demonio gruñó; el sonido sacudió los vitrales de la capilla. Se abalanzó sobre mí, mas presioné el crucifijo contra su pecho. Una luz cegadora brotó y quemó su piel oscura, que se deshizo como ceniza. Retrocedió con un rugido de furia y se disolvió en una nube de humo negro que dejó un hedor insoportable. Caí de rodillas, con el cuerpo tembloroso, pero viva. Sé que no fue Azazel; era uno de sus siervos, un mensajero enviado para probarme. La verdadera batalla aún no ha comenzado.

Isabel cerró el diario, su corazón latía con fuerza. La historia de la monja Magdalena era un testimonio de valentía, aunque también de imprudencia. Había liberado algo que no podía

controlar, y ahora Isabel estaba atrapada en la misma red. Decidió regresar al convento al amanecer, convencida de que allí encontraría respuestas. Pero antes, necesitaba descansar. Apagó la vela y se acostó, aunque el sueño no llegó tan fácil. En la oscuridad, escuchó un susurro, un murmullo que parecía venir de las paredes:

—Isabel... el libro te llama...

Se levantó de un salto, buscaba la vela, aunque sus manos temblaban tanto que no pudo encenderla. La voz volvió, más clara, más cercana:

—Abre el libro... libérame...

Corrió hacia la puerta, pero estaba cerrada con llave, no obstante, juraba haberla dejado abierta. Golpeó la madera y gritó, mientras el susurro se convertía en una risa que helaba la sangre. El diario, aún sobre la mesa, parecía brillar en la oscuridad, sus páginas moviéndose solas, como si algo dentro de él luchara por salir.

El amanecer trajo un cielo gris, cargado de nubes que presagiaban tormenta. Isabel partió de la posada montada en el caballo que le habían prestado, con el diario apretado bajo el brazo. El trote resonaba en el sendero de tierra hasta que el convento apareció a lo lejos, erguido como una fortaleza abandonada, sus torres cubiertas de enredaderas muertas. Al llegar, descendió del caballo y lo dejó atado junto a la entrada. Cruzó el umbral con paso firme: el aire se volvió helado y un olor a moho y azufre la envolvió. Avanzó por los pasillos desiertos, donde las sombras parecían agitarse, alargándose hacia ella como dedos ansiosos, mientras buscaba el libro del que hablaba el diario.

Encontró la biblioteca, un lugar que olía a polvo y desesperación. Los estantes estaban llenos de libros antiguos, pero su atención se fijó en un rincón oscuro donde había una

estantería rota. Allí, oculto tras un montón de pergaminos, encontró el envoltorio descrito por la monja Magdalena. Al desenvolverlo, vio el libro encadenado, idéntico al que había imaginado. Las cadenas estaban rotas, y la cubierta de cuero negro estaba caliente al tacto, como si estuviera viva.

Con manos temblorosas, lo abrió. Las páginas estaban llenas de símbolos que no entendía, pero algunos párrafos estaban en latín. Uno de ellos decía: *Azazel, princeps vigilantium, in carne et umbra regnat. Qui eum liberat, eius servus erit.*

Un ruido la hizo girar. En la puerta de la biblioteca, una figura encapuchada la observaba. No era humana; sus ojos brillaban con un fuego rojo, y su sonrisa revelaba colmillos afilados.

—Lo has encontrado —dijo con una voz que resonaba como un coro de lamentos—. Ahora eres parte de él.

Isabel corrió con el libro aún en las manos, mientras la figura la seguía; sus pasos retumbaban como truenos. Los pasillos del convento se retorcían y cambiaban de forma, como si el edificio mismo conspirara contra ella. Encontró una capilla, el único lugar que parecía ofrecer refugio. Se arrodilló ante el altar en busca de un crucifijo, pero las imágenes de los santos tenían los ojos arrancados, y la cruz estaba invertida.

La figura apareció en la puerta, ahora acompañada por otras sombras, todas con ojos ardientes.

—No puedes escapar —dijo—. Azazel ya está aquí.

Isabel, desesperada, abrió el libro y comenzó a leer en voz alta, sin saber lo que hacía. Las palabras en latín fluían de su boca, y un viento helado llenó la capilla. Las sombras gritaron, pero no de triunfo, sino de dolor. Una luz cegadora brotó del libro, y las figuras se disolvieron en cenizas.

Cuando el silencio volvió, Isabel estaba sola, pero el libro seguía abierto, y una voz susurró desde sus páginas:

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

—Gracias, Isabel. Ahora soy libre.

El suelo tembló, y las paredes del convento comenzaron a derrumbarse. Corrió hacia la salida, el diario y el libro encadenado aún en sus manos, mientras el cielo se oscurecía y un rugido inhumano resonaba en la distancia.

## CAPÍTULO 4 UNA MONJA ES VIOLADA

Isabel pasaba días encerrada en su habitación de la posada, sin salir para nada. Estaba obsesionada con aquel diario; solo lo dejaba por breves momentos para comer, antes de sumergirse otra vez en su lectura.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 17 de junio de 1674, año del Señor.

El aire en el convento era denso, cargado de un hedor a azufre que se filtraba por las rendijas de las puertas y se adhería a las paredes de piedra. Las sombras danzaban en los pasillos, proyectadas por las débiles llamas de las velas que titilaban como si temieran apagarse. Todas las hermanas estábamos sumidas en una inquietud que corroía el alma. La hermana Teresa, antes un faro de piedad y dulzura, había cambiado. Sus ojos, antaño llenos de luz, ahora parecían pozos vacíos, y su voz, cuando hablaba, tenía un timbre que helaba la sangre. Llevaba días encerrada en su celda, negándose a salir, y su ausencia en los rezos colectivos era un mal presagio que ninguna quería nombrar.

Aquella noche, un grito desgarrador rompió el silencio del convento. Provenía de los aposentos de Teresa. Al principio, pensamos que era un lamento de dolor, una dolencia física que la aquejaba. Pero los gemidos que siguieron eran distintos, guturales, acompañados de una risa grave, casi inhumana, que resonaba como si el mismísimo infierno se hubiera abierto bajo nuestros pies. Las hermanas nos miramos, paralizadas, mientras el eco de esa risa se mezclaba con un murmullo en una lengua

desconocida, un idioma que parecía rasgar el velo entre el mundo de los vivos y el abismo.

Armadas de valor, un grupo de nosotras —la hermana Guadalupe, Jacinta, Alma y yo— corrimos hacia sus aposentos. El pasillo parecía alargarse con cada paso, como si el convento mismo conspirara para retrasarnos. Las sombras en las paredes se retorcían y formaban figuras grotescas que parecían observarnos. Al llegar a la puerta de Teresa, golpeamos con fuerza, llamándola por su nombre. No hubo respuesta, solo más gemidos y esa risa que perforaba los tímpanos. Forzamos la entrada, la madera crujió, y lo que vimos nos arrancó el aliento.

En el centro de sus aposentos, iluminada por una única vela que ardía con una llama antinatural de color azul, estaba la hermana Teresa, desnuda, su cuerpo contorsionado en una postura imposible. Sobre ella, una criatura infernal la profanaba. El demonio era una figura imponente, de piel negra como el carbón, con músculos que parecían tallados en piedra volcánica. Sus ojos brillaban con un rojo incandescente, y su rostro, aunque poco humano, estaba deformado por una mueca de placer sádico. Su miembro, grotesco y descomunal, violaba a Teresa sin piedad, mientras ella, con los ojos en blanco, emitía gemidos que no parecían suyos.

El demonio alzó la vista y nos miró. Sus ojos nos atravesaron, como si pudiera ver no solo nuestros cuerpos, sino nuestras almas. Una lengua bífida, larga y viscosa, emergió de su boca y lamió el aire. Con un rugido que hizo temblar las paredes, gritó:

—¿Quiénes son estas rameritas que osan interrumpirme?!

Retrocedimos, aterradas, mientras el demonio se levantaba, suspendido en el aire como si la gravedad no tuviera poder sobre él. Señaló su miembro con una garra y, con una sonrisa que mostraba dientes afilados, nos lanzó palabras obscenas:

—¡Unámonos en un aquelarre! ¡Les daré un placer que sus cuerpos mortales no podrán soportar! ¡Serán mis prostitutas eternas!

El hedor a azufre se intensificó, y el aire se volvió espeso, difícil de respirar. La hermana Guadalupe y Jacinta, con lágrimas en los ojos, corrieron en busca del padre Juan de Montero, nuestro confesor. Mientras tanto, la hermana Alma y yo permanecemos en la puerta, incapaces de movernos, rezábamos en susurros para no atraer la atención de la criatura. Pero el demonio no nos quitaba los ojos de encima. Con un gesto de su mano, la vela se apagó, sumiéndonos en una oscuridad total, rota solo por el brillo de sus ojos y el sonido de su risa.

Cuando el padre Juan llegó, su figura frágil contrastaba con la presencia abrumadora del demonio. Llevaba una Biblia en una mano y un frasco de agua bendita en la otra. Su rostro, curtido por años de servicio, estaba pálido, pero sus ojos ardían con una determinación que nos dio un atisbo de esperanza. Entró en la celda y, al ver la escena, se detuvo en seco. El demonio, burlón, lo señaló y rugió:

—¿Qué hace aquí este cerdo?! ¿También quiere probar el placer del infierno?

El padre tembloroso, aunque firme, se persignó, y comenzó a recitar un exorcismo en latín. Las palabras resonaron en la habitación, pero el demonio se limitó a reír, un sonido que parecía rasgar la realidad misma.

—¡Tus palabras son polvo, sacerdote! ¡No tienes poder sobre mí!

El padre, con la voz quebrada pero decidida, lo desafió:

—¿Quién eres, criatura infernal?! ¡Dime tu nombre!

El demonio lo miró con desprecio, sus ojos brillaban como brasas:

—Soy más antiguo que tu dios. Soy la oscuridad que existía antes de la luz. Soy la eternidad que devora todo.

El padre sudaba, su fe puesta a prueba por un ser cuya presencia desafiaba todo lo que había estudiado. Insistió y alzó la voz:

—¡Dime quién eres!

El demonio, con una sonrisa que helaba la sangre, respondió:

—Soy un fragmento del caos primordial. He visto nacer y morir imperios. He sido adorado en altares de sangre y temido en las sombras. Soy Belial, el que corrompe, el que destruye.

El nombre resonó como un trueno, y el suelo tembló bajo nuestros pies. Teresa, aún tendida, comenzó a convulsionarse, su cuerpo se arqueó de manera imposible. El padre, con lágrimas en los ojos, roció agua bendita sobre ella, mientras pronunciaba oraciones cada vez más desesperadas.

—¡Tu fe es débil, sacerdote! ¡Ella es mía!

El demonio se burlaba y resistía con furia, pero el sacerdote no cedió: siguió en la lucha, invocó la fe con voz quebrada, hasta que por fin la presencia oscura se estremeció y se desvaneció. Tras ello quedó un silencio pesado y un aire helado.

Las semanas siguientes fueron un calvario. Decidimos no dejar sola a Teresa, turnándonos para vigilar sus aposentos. Pero el convento ya no era un lugar sagrado. Los crucifijos se invertían solos, las velas se apagaban sin razón, y un frío glacial se filtraba por las paredes, incluso en las noches más cálidas. Algunas hermanas juraban haber visto sombras moviéndose en los pasillos, figuras que susurraban en lenguas muertas. Otras decían que los ojos de Teresa, cuando las miraba, no eran humanos, sino los de la criatura que la poseía.

El padre Juan, a pesar de su edad, se convirtió en nuestro único refugio. Cada noche, acompañaba Teresa hasta sus aposentos, donde rezábamos juntos por su alma. Durante un tiempo, pareció mejorar. Sus convulsiones cesaron, y su voz recuperó algo de su antigua dulzura. Incluso llegamos a creer que el demonio se había ido. Pero una noche, todo cambió.

Teresa, sentada en su cama, miró al padre con una calma inquietante.

—¿Por qué hace esto, padre? ¿Por qué se arriesga tanto por mí?

Él tomó su mano con ternura y respondió:

—Es mi deber como sacerdote. Te juro que haré todo lo posible por salvarte.

Hablaron durante horas, y por un momento, creí ver a la verdadera Teresa, la mujer piadosa que conocíamos. Pero entonces, su rostro cambió. Sus ojos se oscurecieron, y una sonrisa siniestra cruzó su cara. Se inclinó hacia el padre y, con una voz que no era suya, siseó:

—¿Crees que puedes salvarla, viejo? ¿Crees que puedes vencerme?

Soltó una carcajada que hizo temblar las paredes.

—¡Ella es mía, sacerdote! ¡Y pronto, este mundo también lo será!

El padre, con una mezcla de asombro y determinación, la miró con intensidad.

—¿Por qué un demonio como tú, tan poderoso, querría el cuerpo de una simple monja?

El demonio, furioso, rugió:

—¡Porque estoy harto de la oscuridad! ¡Quiero caminar entre los vivos, sentir el sol, saborear la carne! ¡El cuerpo de Teresa es mi puerta a este mundo!

El padre, con una calma que me heló la sangre, replicó:

—No te dejaré tomarla.

El demonio, intrigado, lo miró con una mezcla de respeto y burla.

—¿Y cómo planeas detenerme, mortal?

Lo que dijo el padre a continuación me dejó sin aliento:

—Te ofrezco mi alma a cambio de la de Teresa. Sabes que un sacerdote es un trofeo para el infierno. Mi caída será tu victoria.

El demonio, con una risa que resonó como un millar de almas torturadas, aceptó. Tomó la cabeza del padre con ambas manos, y un resplandor rojo iluminó la habitación. El cuerpo del padre Juan cayó inerte, mientras Teresa, liberada, colapsaba en el suelo y respiraba con debilidad.

Nos invadió un alivio amargo, mezclado con un dolor insoportable. El padre Juan, nuestro guía, había dado su vida por Teresa. Pero mientras la ayudábamos a levantarse, un susurro recorrió el convento, como una risa lejana. El demonio no se había ido. Estaba entre nosotras, acechaba en las sombras y esperaba su próximo movimiento. Y en el silencio de la noche, supe que nuestra lucha apenas comenzaba.

## CAPÍTULO 5 INVOCAN A DEMONIOS Y ESPIRITUS

Cada noche, el silencio del pueblo era roto por crujidos inexplicables, susurros que parecían venir de ninguna parte y un aullido lejano que no pertenecía a ningún animal conocido. Isabel, una periodista escéptica que había llegado al pueblo en busca de una historia sensacionalista, ahora estaba atrapada en una pesadilla que desafiaba toda lógica. El diario que había encontrado en el convento maldito, un relato de horrores de hace más de tres siglos, se había convertido en su obsesión. Sus páginas, escritas con una caligrafía temblorosa, narraban sucesos tan vívidos que no podían ser ficción. Nadie, ni siquiera el más imaginativo de los mentirosos, habría inventado algo tan aterrador sin un propósito.

Pero su fascinación tenía un precio. Desde que cruzó el umbral del convento, un lugar donde decenas de monjas habían sucumbido a posesiones demoníacas, algo la seguía. Las noches eran las peores. La temperatura en su habitación caía de manera abrupta, un frío glacial que le calaba los huesos y hacía que su aliento se condensara en nubes blanquecinas. Las pesadillas eran implacables: en ellas, figuras encapuchadas la rodeaban, sus rostros disueltos en sombras, mientras una voz gutural le susurraba blasfemias que la hacían despertar y gritar, empapada en sudor. Una vez, mientras se cepillaba el cabello frente al espejo, sintió una caricia helada en la mejilla, como si unos dedos invisibles recorrieran su piel. No había nadie. Los objetos en su habitación se movían solos: un vaso que caía sin motivo, una silla que aparecía en un lugar distinto al que la había dejado. Sombras fugaces cruzaban las paredes y desaparecían cuando intentaba seguirlas con la mirada. Lo más perturbador eran las marcas de mordidas que aparecían en su cuerpo al amanecer, pequeñas

pero profundas, como si algo la hubiera reclamado mientras dormía.

A pesar del terror, Isabel no podía dejar el diario. Cada entrada la sumergía más en el horror del convento, como si las palabras mismas la ataran a ese lugar maldito. Una tarde, mientras leía absorta, un golpe seco en la puerta la arrancó de su trance. Se levantó, con el corazón que latía desbocado, y abrió con cautela. Era el viejo guía del pueblo, el mismo que la había llevado al convento semanas atrás. Su rostro, surcado por arrugas profundas, estaba tenso, y sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y resignación. Isabel lo invitó a pasar, agradecida por la compañía en medio de su aislamiento. Sentados en la penumbra de la habitación, iluminada solo por una lámpara de aceite que parpadeaba sin razón, ella le preguntó el motivo de su visita.

El anciano, con voz grave, confesó que estaba preocupado por ella. Recordó cómo, al salir del convento, Isabel había corrido y gritado, pálida como un cadáver, pero él no se había atrevido a preguntarle qué había visto. Ahora, algo en su instinto le decía que debía intervenir. Isabel, al borde del colapso, vio en él un confidente. Las palabras brotaron como un torrente: le contó sobre el diario, los fenómenos paranormales, las marcas en su cuerpo, el frío que la perseguía. El anciano escuchó en silencio, su expresión ensombreciéndose con cada detalle. Cuando terminó, él se llevó las manos a la cabeza y murmuró:

—¡Ya ha comenzado!

Isabel, desconcertada, le suplicó que se explicara. El guía, con los ojos fijos en el suelo, explicó que ella estaba atrapada en un *Circumdatio*, la primera etapa del acecho demoniaco. Era un asedio inicial, un tormento diseñado para quebrar la voluntad de la víctima. Las manifestaciones —el frío, los ruidos, las sombras, las mordidas— eran solo el comienzo. Pronto, el demonio se mostraría en formas más tangibles: figuras repugnantes o

seductoras, fantasmas, duendes, criaturas que desafiaban la razón. Escucharía voces que blasfemarían contra Dios, susurros que sembrarían pensamientos oscuros, deseos prohibidos, impulsos que la llevarían a hacerse daño o a herir a otros. Este tormento podía durar semanas, meses, incluso años, hasta que su alma cediera o su cuerpo colapsara.

Isabel, con el rostro desencajado, lo interrumpió para pedir más detalles. El anciano continuó, su voz temblorosa pero firme. El demonio jugaría con sus sentidos, manipularía su percepción de la realidad. Podría oler azufre o podredumbre, sentir caricias invisibles en lugares íntimos, ver rostros deformados en los espejos. El objetivo era claro: quebrarla, poseerla, convertirla en un recipiente para su voluntad. Isabel, abrumada, preguntó cómo sabía tanto. El guía guardó silencio unos segundos, su mirada perdida en un pasado doloroso. Luego confesó: él también lo había vivido. De niño, había entrado al convento con un grupo de amigos, atraídos por las historias de fantasmas. Lo que encontraron no eran espectros inofensivos, sino demonios.

—Todos fuimos poseídos —dijo con voz hueca—. A mí me liberaron, pero los demás... murieron. Estuve poseído por tres legiones de demonios.

Isabel palideció.

—¿Cuánto es una legión? —preguntó, casi sin voz.

El anciano, versado en demonología, explicó con precisión escalofriante:

—en la tradición cristiana, una legión es un ejército de 6,666 demonios. Existen 666 legiones, gobernadas por 66 duques, príncipes y reyes infernales.

La magnitud de la revelación la aplastó. Las lágrimas brotaron sin control, y el anciano, con un gesto paternal, la abrazó. Prometió ayudarla, pero le advirtió que debía actuar rápido. El

Circumdatio era solo el preludio; la verdadera posesión vendría si no resistía.

Le dio instrucciones claras: la oración era su arma más poderosa, un escudo contra el mal. Debía ir a la iglesia, asistir a misa, usar agua bendita para bendecir su habitación y realizar actos de caridad para mostrar devoción a Dios. También debía confesarse para purificar su alma de pecados veniales. Isabel, avergonzada, confesó que no era católica y no sabía cómo confesarse. El anciano la tranquilizó: no estaba obligada a culparse por pecados menores, pero la confesión la fortalecería. Le explicó el proceso: entrar al confesionario, saludar al sacerdote, hacer la señal de la cruz, decir «Bendíceme, Padre, porque he pecado», listar sus pecados, escuchar el consejo del cura, rezar el Acto de Contrición, recibir la absolución y cumplir la penitencia.

Antes de irse, le colocó un colgante con un pentagrama y un rosario. La ironía era cruel: Isabel, que siempre se había burlado de lo sobrenatural, ahora vivía el mismo tormento que las monjas del diario. Tal vez por eso no podía dejar de leerlo; quizá en sus páginas encontraría la clave para salvarse. Tomó el diario y continuó donde lo había dejado.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 21 de septiembre de 1674, año del Señor.

El padre Francisco de Martínez, un exorcista enviado desde el Vaticano por orden del papa Clemente X, había llegado para investigar el mal que nos aquejaba. Su presencia, aunque imponente, no disipaba el terror que se había apoderado de nosotras.

Él me permitió asistir a sus interrogatorios, convencido de que el mal tenía un origen humano.

—Nadie es poseído sin motivo —me dijo—. Alguna hermana realizó un ritual o invocación.

Durante días, interrogó a cada monja, en busca de la verdad en sus rostros aterrorizados. Pero ninguna confesaba. Desesperada, comencé a hablar con ellas en secreto, con la esperanza de descubrir algo que el sacerdote no pudiera.

Isabel bajó por un momento el diario para intentar comprender lo que estaba leyendo; no cabía duda de que lo escrito por aquellas monjas no podía ser mentira ni producto de su imaginación.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 29 de septiembre de 1674, año del Señor.

Anoche, la hermana Refugio vino a mis aposentos. Su rostro estaba pálido, y sus manos temblaban como si cargaran un secreto insoportable. La confronté, y tras un largo silencio, confesó. Me pidió que jurara guardar su secreto, pues lo que diría era un pecado mortal. Cuando limpiaba la biblioteca, había encontrado un libro prohibido, cubierto de símbolos extraños y con una inscripción que decía: «*Las Clavículas de Salomón*». Sabía que estaba vetado para nosotras, lo llevó a sus aposentos y lo leyó en secreto. Desde entonces, su vida se había convertido en un tormento.

Plagas de moscas y gusanos invadían su habitación, acompañadas de un hedor fétido que le revolvió el estómago. Se despertaba a medianoche y sentía que algo la observaba desde las sombras. Las cobijas se deslizaban de su cama, y manos invisibles acariciaban su cuerpo, para profanar su castidad. Cuando le pregunté qué hacía al respecto, respondió con lágrimas en los ojos:

—Nada. El miedo me paraliza.

El relato se cortaba de manera abrupta y dejaba a Isabel con el corazón en la garganta. Nunca había oído de *Las Clavículas de Salomón*, pero al día siguiente fue a la biblioteca del pueblo, un edificio antiguo que olía a polvo y cuero viejo. Allí encontró una copia del grimorio, un tomo pesado con cubiertas de piel negra que parecía absorber la luz. Sus páginas, llenas de símbolos arcanos, detallaban los nombres, características y sellos de 31 espíritus infernales, invocados por el rey Salomón. El libro describía rituales para conjurar demonios, obligándolos a obedecer, aunque también advertía sobre los peligros de su uso. Cada palabra transmitía una energía oscura, como si el libro mismo estuviera vivo.

Isabel reconoció el colgante que le dio el guía: un Pentáculo, un amuleto de protección descrito en el grimorio. Si Salomón había encerrado a 72 demonios en una vasija de bronce, ¿por qué no podría ella vencer al que la acechaba? Pasó días en el estudio del libro, junto con «*El Libro de los Espíritus*», que le aclaró que su tormento era obra de un demonio, no de un espíritu. Un espíritu no podía poseer a un encarnado, pues el alma estaba unida al cuerpo hasta la muerte.

Armada con este conocimiento, Isabel se preparó para la batalla. Consiguió agua bendita, asistió a misa y rezó con una Biblia que encontró en su habitación. El viejo guía, mientras tanto, contactaba a exorcistas y concedores del ocultismo, consciente

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

de que el enfrentamiento sería brutal. Isabel, decidida, sabía que no solo luchaba por su vida, sino por su alma. El diario, Las Clavículas y su propia voluntad eran sus armas. Pero en la penumbra de su habitación, mientras las sombras se alargaban y el aire se volvía más frío, una risa baja resonó, como si el demonio supiera que la verdadera guerra apenas comenzaba.

## CAPÍTULO 6 UNA MONJA EMBARAZADA

Isabel, exhausta tras un día inmersa en los polvorientos manuscritos de la biblioteca, cerró la puerta de su habitación con un crujido que resonó como un lamento. Su cuerpo pedía descanso, pero su mente estaba consumida por el diario de la monja, un relato que la había arrastrado a un abismo de terror y fascinación. Sin encender más luces, se sentó en el borde de la cama, el diario abierto sobre sus rodillas, y retomó la lectura bajo la tenue luz de una vela que goteaba cera como lágrimas.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 11 de octubre de 1675, año del Señor.

Ha pasado un año desde que mi pluma tocó estas páginas. El diario ha yacido olvidado en un rincón, cubierto de polvo, mientras el mal nos acecha sin piedad. Este convento, que debería ser un refugio de santidad, se ha convertido en un campo de batalla donde los demonios libran su guerra contra nosotras. Apenas escapamos de una calamidad cuando otra nos golpea, como si el infierno mismo hubiera jurado borrarlos de la faz de la Tierra. Los sucesos que hemos vivido son tan grotescos, tan antinaturales, que temo que estas palabras no alcancen a describir el horror que nos envuelve. Entre todos, el caso de la hermana Gloria es el que más nos ha quebrado el alma.

Isabel sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. La llama de la vela parpadeó, como si una corriente invisible hubiera cruzado la habitación. Ajustó el hábito, intentaba ignorar la

sensación de que algo la observaba desde las sombras, y continuó con la lectura.



Todo comenzó con pequeños signos que pasamos por alto. Gloria, siempre tan devota, empezó a actuar de forma extraña. Sus ojos, antes llenos de paz, se volvieron vidriosos, y su piel adquirió una palidez enfermiza. Al principio, lo atribuimos al cansancio o a una fiebre pasajera, pero pronto notamos algo imposible: su vientre comenzó a hincharse. Las hermanas murmuraban en los pasillos, con temor y desconcierto. ¿Embarazada? ¿En un convento donde ningún hombre ha pisado? La idea era absurda, blasfema incluso. «No puede ser obra del Espíritu Santo», susurraban algunas, mientras otras especulaban sobre un intruso invisible que se colaba en la noche.

La abadesa, con el rostro endurecido por la preocupación, ordenó que el chofer trajera al médico del pueblo en el carruaje. El doctor, un hombre de mirada severa y manos temblorosas, confirmó lo imposible: Gloria estaba encinta. Aunque el embarazo no era el verdadero problema; la pregunta que nos atormentaba era cómo había ocurrido. Gloria juraba, con lágrimas en los ojos, que no había yacido con hombre alguno. Si decía la verdad, estaríamos ante un milagro... o algo mucho más oscuro. La abadesa, sin embargo, sospechaba que ocultaba al padre, tal vez un hombre casado, un secreto que explicara lo inexplicable. Pero, ¿cómo habría entrado al convento? Las puertas siempre estaban cerradas, y las ventanas, enrejadas.

El horror se intensificó cuando Gloria confesó algo que heló la sangre de todas: un demonio la visitaba en la noche. No era un sueño, aseguraba, sino una presencia tangible, un ser de sombras que la poseía contra su voluntad. Lo llamó Asmodeo, el demonio de la lujuria, y describió sus apariciones con un terror que hacía

temblar su voz. Decía que la paralizaba, que sus garras le rasgaban la piel, que su aliento fétido llenaba la habitación mientras la violaba. Las hermanas, divididas entre la incredulidad y el pánico, no sabían qué hacer. Algunos creían que deliraba, que el embarazo la había trastornado. Otros, incluyéndome, temíamos que dijera la verdad.

Isabel detuvo la lectura, su corazón latía con fuerza. La habitación parecía más fría, y el aire, más pesado. Miró hacia la ventana, aunque solo vio su propio reflejo en el vidrio, distorsionado por la oscuridad. Un crujido en el pasillo la hizo sobresaltarse, pero se obligó a mantener la calma.

—Es solo el viento —murmuró, aunque no estaba segura de creérselo. Volvió al diario, atrapada por el relato.



La abadesa convocó una reunión secreta en la capilla, a la luz de las velas, con el padre Francisco de Martínez, un emisario del papa Clemente X, y yo. El ambiente era opresivo; las sombras de los vitrales parecían moverse, como si los santos nos observaran con desaprobación. Discutimos el caso de Gloria, un escándalo que amenazaba con destruir la reputación del convento. No podíamos expulsarla, pero tampoco podíamos ignorar la gravedad de su estado. Le pregunté al padre Francisco, con la voz temblorosa, si acaso Gloria decía la verdad. ¿Podía un demonio haberla engendrado? Su silencio fue más aterrador que cualquier respuesta. Al final, dijo:

—Si es cierto, nacerá un Cambión, un ser mitad humano, mitad demonio, hijo de un ícubo.

La abadesa se llevó las manos a la cabeza, horrorizada. Yo sentí que el aire se me escapaba de los pulmones. Un Cambión.

La palabra resonaba como una maldición. Pregunté si había forma de confirmarlo. El padre respondió que solo el nacimiento lo revelaría. Sugerí, con cautela, si el aborto era una opción. La abadesa me fulminó con la mirada y gritó que era una abominación, un pecado que jamás se cometería en la casa de Dios. Pero el miedo en sus ojos traicionaba su autoridad

Curiosa y aterrada, pregunté cómo sería ese ser. El padre, con voz grave, describió un monstruo: un bebé deforme, con piel escamosa y ojos vacíos, que lloraría sin cesar, insaciable, incapaz de ser alimentado por nodriza alguna. No tendría aliento ni pulso hasta los siete años, sería tan pesado que ningún hombre podría cargarlo, y gritaría al ser tocado, como si el contacto humano lo quemara. Sus palabras nos dejaron mudas. Comenté, casi en un susurro, que me costaba creer que un demonio y una humana pudieran procrear. Él explicó que, según las Escrituras, los demonios habían sido castigados tras el diluvio por unirse a mujeres y engendrar a los Nefilim, gigantes malditos que trajeron la ira de Dios. Ese castigo, dijo, era una advertencia, pero algunos demonios, como Asmodeo, desafiaban la voluntad divina.

Advirtió que, si nacía un Cambión, no podía vagar de manera libre. Sería un sacrilegio, una abominación bajo el techo de Dios. La abadesa, al borde del colapso, preguntó cómo luciría el demonio. El padre describió una criatura grotesca, como una gárgola con colmillos afilados y ojos que ardían como brasas. La abadesa, incapaz de soportar más, se desmayó. La reanimamos y la llevamos a sus aposentos, mientras el médico era llamado otra vez.

Isabel cerró el diario por un momento, su respiración agitada. La vela estaba a punto de apagarse, y la oscuridad parecía avanzar hacia ella. Se levantó, encendió otra vela y revisó la puerta de su habitación, asegurándose de que estuviera cerrada. El relato la había atrapado, aunque también la llenaba de

un miedo visceral. ¿Y si algo de eso era real? Sacudió la cabeza, intentaba convencerse de que era solo una historia, pero volvió al diario, incapaz de resistirse.



Días después, hablé con Gloria a solas. Su celda olía a humedad y a algo más, un hedor metálico que no podía identificar. Le pedí que fuera sincera sobre el demonio. Con lágrimas en los ojos, me mostró su cuerpo: moretones en forma de garras, arañazos profundos que sangraban aún. Luego, con una voz que apenas era un susurro, confesó algo que me heló la sangre: estaba enamorada de él. De Asmodeo. Dijo que, aunque la aterrorizaba, también la hacía sentir viva, deseada. La reprendí con furia, llamándola blasfema, pero sus ojos brillaban con una mezcla de miedo y devoción que me dejó sin palabras.

Entonces, hizo una propuesta que me paralizó:

—Si crees que miento, quédate a dormir en mis aposentos. Comparte mi cama. Si aparece, lo peor que podría pasar es que nos viole a las dos.

Su voz era un desafío, aunque también una súplica. Me quedé muda, atrapada entre la incredulidad y el terror. Podría quedarme y demostrar que deliraba, pero, ¿y si era cierto? Si el demonio existía, podría buscarme después, marcarme como suya. Le dije que lo pensaría, no obstante, en mi interior el miedo ya había echado raíces.

La abadesa y las hermanas comenzaron a preparar una celda de penitencia en el sótano, un lugar oscuro y aislado donde Gloria daría a luz y conviviría con su Cambión. Las paredes de piedra estaban cubiertas de crucifijos, y el aire era tan frío que el aliento se condensaba. Nadie quería acercarse a ese lugar, aunque yo no podía dejar de pensar en la propuesta de Gloria.

Quería contárselo a la abadesa, pero sabía que me llamaría loca. En cambio, busqué al padre Francisco en la biblioteca, donde lo encontré inmerso en un libro antiguo, el *Libro de Enoc*. Me explicó que era un texto prohibido, lleno de visiones apocalípticas y detalles sobre los demonios y los Nefilim.

—Podría tener respuestas dijo, mientras su voz estaba cargada de cautela.

No me atreví a mencionar la propuesta que me hicieron. Sabía que él también la consideraría una locura. Decidí que debía enfrentar esto sola. Armándome de valor, busqué a Gloria en el comedor. Las hermanas acababan de terminar la celda de penitencia, y pronto la trasladarían. Le susurré que esa noche dormiría con ella. Me miró con una mezcla de alivio y temor, al tiempo que asintió.

Llegada la noche, el convento estaba sumido en un silencio sepulcral. Terminé mis oraciones, pidiéndole a Dios que me protegiera. Lo que estaba a punto de hacer era una locura, como adentrarse en la guarida de una bestia. Respiré hondo y caminé hacia la celda de Gloria, mis pasos resonaban en los pasillos vacíos. La puerta estaba entreabierta, y ella me esperaba, pálida y temblorosa. Nos abrazamos, un gesto más de miedo que de afecto, y nos acostamos juntas. Recé el Padrenuestro y el Avemaría, aferrándome a las palabras como si fueran un escudo.

El cansancio me venció, y caí en un sueño inquieto. De pronto, sentí un roce en mis senos, frío y deliberado. Intenté despertar, pero una fuerza invisible me mantenía inmóvil. Luego, algo tocó mi entrepierna, y el terror me consumió. Con un esfuerzo sobrehumano, abrí los ojos. Sobre Gloria, una figura oscura, humanoide, se movía con una violencia sobrenatural. Sus escamas brillaban bajo la luz de la luna, y sus garras se hundían en la carne de su víctima, que gemía de placer y dolor. Era Asmodeo, real, tangible, un monstruo de pesadilla. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que estallaría. Intenté gritar, mas mi voz

estaba atrapada en mi garganta. Estaba paralizada, a merced de esa criatura.

Me balanceé con desesperación hasta caer de la cama. Arrastrándome, llegué a la puerta, pero estaba cerrada, como si una fuerza la sellara. Entonces, sentí sus garras en mis tobillos. El demonio me jaló hacia él, su rostro a centímetros del mío. Sus ojos eran pozos de fuego, y su aliento olía a azufre y podredumbre.

—Serás mía —gruñó, su voz resonaba en mi mente como un eco infernal.

Me levantó el hábito y rasgó mi ropa interior con un movimiento brutal. Su miembro, grotesco y descomunal, se alzó, listo para profanarme. Recé con todas mis fuerzas, para invocar a los arcángeles, a la Virgen, a Dios mismo.

De pronto, la puerta se abrió con un estruendo, y el padre Francisco irrumpió con un crucifijo y un frasco de agua bendita.

—¡Señor Dios todopoderoso, aleja a este demonio inmundo de estas hijas tuyas! —gritó. El demonio rugió, enfrentándolo.

—¡Jamás la dejaré, es mía!

El padre no vaciló.

—¡En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas! — Arrojó agua bendita, y el demonio aulló de dolor, su piel humeaba —. ¡Vete, espíritu maligno! ¡No eres bienvenido en la casa de Dios!

—¡Ella lleva a mi hijo! —rugió Asmodeo, pero el padre continuó, su voz resonaba con autoridad divina.

—¡Por el poder del Espíritu Santo, te expulso! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sal y no regreses!

Con un alarido que hizo temblar las paredes, el demonio se desvaneció en una nube de humo negro. Caí al suelo y solté un llanto; al fin, era libre. El padre Francisco me ayudó a levantarme, mientras Gloria, aún en la cama, lloraba en silencio. De no ser por él, habría sido la siguiente víctima de Asmodeo.

Pasaron meses sin rastro del ícubo. El convento vivía en un estado de tensión constante, a la espera del nacimiento del Cambión. Gloria fue trasladada a la celda de penitencia, donde las hermanas la vigilaban día y noche. Yo, marcada por aquella noche, no podía dormir sin ver los ojos de fuego del demonio. Pero sé que lo peor aún está por venir. El mal no ha abandonado este lugar. Algo oscuro permanece al acecho, y temo que el Cambión sea solo el comienzo.

Isabel cerró el diario, temblorosa. La vela se había apagado, y la oscuridad era absoluta. Un crujido resonó en su celda, seguido de un susurro que parecía venir de todas partes:

—Serás mía.

Corrió hacia la puerta, pero estaba cerrada. En el espejo, vio una sombra moverse detrás de ella, y el eco de una risa infernal llenó la habitación.

## CAPÍTULO 7 EL NACIMIENTO DEL CAMBIÓN

Isabel permanecía absorta, sin aliento, perdida en las páginas del diario de aquella monja. La curiosidad la arrastraba con tal fuerza que olvidaba el paso de las horas y de los días, confinada en su habitación, ajena incluso al hambre.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 15 de octubre de 1674, año del Señor.

La celda de penitencia, excavada en el sótano del convento, era el epicentro de este terror. Sus muros de piedra, cubiertos de crucifijos y salpicados de agua bendita, resonaban con los gemidos de Gloria, que yacía en un catre improvisado, su cuerpo se convulsionaba bajo el peso de un embarazo imposible.

Era la medianoche y el cielo sobre el convento estaba cubierto por nubes negras que parecían palpar, como si el mismísimo infierno contuviera el aliento. La abadesa, el padre Francisco y un puñado de hermanas —las más valientes o las más condenadas por la curiosidad— nos reunimos en torno a Gloria. El médico del pueblo, don Hernando, también estaba presente, aunque su rostro pálido y sus manos temblorosas traicionaban su deseo de estar en cualquier otro lugar. Nadie hablaba. El único sonido era el jadeo agónico de Gloria y el crujido de las velas, cuyas llamas parpadeaban como si temieran apagarse.

La celda estaba iluminada por un círculo de cirios, dispuestos en un intento desesperado de formar una barrera espiritual. Sobre una mesa de madera, el padre Francisco había colocado un crucifijo de plata, un rosario bendecido por el obispo

y un frasco de agua bendita que reflejaba la luz con un brillo casi sobrenatural.

La abadesa, con el rostro demacrado y los labios apretados, sostenía un libro de oraciones, aunque sus manos temblaban tanto que apenas podía pasar las páginas. Yo, de pie junto a la puerta, sentía que mi corazón latía al ritmo de un tambor fúnebre. Había visto a Asmodeo, había sentido sus garras en mi piel, y ahora, el fruto de su abominación estaba a punto de nacer.

Gloria, empapada en sudor, gritaba con una voz que ya no parecía humana. Sus ojos, vidriosos y dilatados, miraban al techo, como si viera algo que nosotras no. Su vientre, bastante hinchado, se movía de forma antinatural, como si la criatura en su interior luchara por liberarse. Las hermanas, apiñadas en un rincón, rezaban el Padrenuestro en un murmullo febril, pero sus voces se quebraban cada vez que Gloria soltaba un alarido. Don Hernando, con un delantal manchado de sangre seca, se acercó al catre con un cuchillo de hoja fina y un paño que ya estaba empapado.

—No puedo hacerlo solo —dijo con voz ronca, al tiempo que miraba a la abadesa—. Esto... esto no es un parto normal. Necesito ayuda.

La abadesa lo fulminó con la mirada.

—Haga lo que pueda, don Hernando. Dios nos guía.

Pero Dios parecía muy lejos esa noche. Me acerqué al catre, impulsada por una mezcla de deber y terror. Gloria me miró, y por un instante, sus ojos parecieron reconocerme.

—Lo siento... —susurró, antes de que otro espasmo la arqueara sobre el catre. Sus manos, crispadas, arañaban las sábanas y dejaban marcas de sangre.

—Tranquila, hermana, todo está bajo control —mentí, al tiempo que tomaba su mano. Estaba helada, como si la vida ya la estuviera abandonando. Miré al padre Francisco, que estaba de

rodillas y murmuraba una letanía en latín. Sus palabras, aunque poderosas, parecían perderse en el aire denso de la celda.

De pronto, un crujido resonó en las paredes, como si la piedra misma se resquebrajara. Las velas parpadearon con violencia, y varias se apagaron; la celda quedó envuelta en una penumbra inquietante. Las hermanas gritaron, y la abadesa alzó el crucifijo mientras lanzaba un grito:

—¡En el nombre de Cristo, aléjate, espíritu inmundo!

El aire se volvió sofocante, y un olor a azufre inundó la celda. Sentí un escalofrío, como si unas garras invisibles rozaran mi nuca. Miré a Gloria, y vi que su rostro había cambiado. Sus labios se curvaban en una sonrisa antinatural, y sus ojos brillaban con un fulgor rojizo.

—Viene... —susurró, con una voz que no era la suya. Era grave, gutural, como un eco del abismo.

Don Hernando, tembloroso, se inclinó sobre ella.

—Debo cortar —dijo con un tono casi suplicante.

La abadesa asintió, aunque su rostro estaba pálido como la cera. El médico levantó el cuchillo, pero antes de que pudiera tocar la piel de Gloria, un alarido inhumano llenó la celda. No venía de ella, sino de todas partes, como si las paredes mismas gritaran. El cuchillo se le escapó de las manos y cayó al suelo con un tintineo.

—¡Es él! —gritó una de las hermanas mientras apuntaba hacia la esquina de la celda. Allí, en las sombras, una figura comenzó a tomar forma. Era alta, encorvada, con escamas que brillaban como obsidiana bajo la luz de las velas. Sus ojos, dos brasas ardientes, nos observaban con un hambre voraz. Asmodeo. Su presencia era un peso físico, como si el aire se hubiera solidificado en torno a nosotros.

El padre Francisco se puso de pie, alzó el crucifijo con ambas manos.

—¡Por el poder de Cristo, te ordeno que te vayas! —gritó, mientras arrojaba agua bendita hacia la criatura. El demonio rugió, y el líquido siseó al contacto con su piel. Volutas de humo se elevaron al instante. Pero no retrocedió. En cambio, extendió una garra hacia Gloria, que gimió, atrapada entre el dolor y una devoción enfermiza.

—Mi hijo... —gruñó Asmodeo, su voz resonaba en nuestras mentes como un trueno. —Nacerá, y el mundo temblará.

La abadesa venció su terror y se interpuso entre el demonio y el catre.

—¡No profanarás este lugar! —gritó, mientras blandía el rosario como un arma. Pero el demonio apenas la miró. Con un movimiento de su garra, la lanzó contra la pared, donde cayó con un golpe sordo. Las hermanas gritaron, y don Hernando se desplomó, al tiempo que murmuraba oraciones incoherentes.

No sé de dónde saqué el valor, pero corrí hacia la mesa y tomé el frasco de agua bendita.

—¡Déjala en paz! —grité, al tiempo que arrojaba el líquido con todas mis fuerzas. El demonio aulló, su piel humeaba, y por un instante, pareció retroceder. Pero entonces, sus ojos se clavaron en mí, y sentí que mi alma era desnudada.

—Tú... —siseó—. Aún te deseo.

El padre Francisco me empujó a un lado y alzó el crucifijo.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te expulso! —Su voz era un faro en la tormenta, y el demonio retrocedió con un rugido de furia. Con un último alarido, se desvaneció en una nube de humo negro. Tras él quedó un silencio sepulcral.

Gloria gritó, y su cuerpo se convulsionó de forma violenta.

—¡Ya viene! —exclamó don Hernando, mientras recuperaba el cuchillo. Sin esperar más, cortó el vientre de Gloria, que aulló de dolor. La sangre brotó como un río; las sábanas y el suelo quedaron empapados. Las hermanas, inmóviles, observaban al médico, cuyas manos torpes arrancaban algo del interior de Gloria.

El tiempo pareció detenerse. Don Hernando levantó una criatura, y un grito colectivo escapó de nuestras gargantas. No era un bebé humano. Era... otra cosa. Su piel era escamosa, de un verde enfermizo que brillaba bajo la luz de las velas. Sus ojos, abiertos y vacíos, eran pozos negros sin pupilas, y su boca, desprovista de labios, dejaba ver unos colmillos afilados como agujas. No lloraba, pero emitía un siseo bajo, como el de una serpiente. Sus extremidades, largas y desproporcionadas, terminaban en garras que se retorcían, en busca de algo que desgarrar.

La abadesa, recuperándose, se arrastró hacia el catre.

—¡Es una abominación! —gritó y alzó el crucifijo.

Pero Gloria, exhausta, extendió los brazos hacia la criatura.

—Es mi hijo... —susurró, con una mezcla de amor y locura en la voz.

Don Hernando, tembloroso, colocó al Cambión en los brazos de Gloria. La criatura siseó, y sus garras rasgaron la piel de su madre, que no pareció sentir el dolor. En cambio, lo acunó y murmuró palabras que no entendíamos, como si hablara en una lengua muerta. El padre Francisco, con el rostro ceniciento, se acercó y roció agua bendita sobre el Cambión. La criatura aulló, un sonido que hizo vibrar las paredes, y su piel humeó, pero no murió.

—No es humano —dijo el padre, su voz temblorosa—. Pero tampoco es un demonio puro. Es... algo intermedio. Un Cambión.

Las hermanas retrocedieron, algunas caían de rodillas, otras sollozaban. Yo no podía apartar la vista de la criatura. Era grotesca, pero había algo hipnótico en su deformidad, como si su mera existencia desafiara las leyes de Dios y la naturaleza. Sentí una punzada de curiosidad malsana, un deseo de tocarlo, de entender qué era. Aunque el miedo me mantuvo clavada en el suelo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó don Hernando, su voz apenas un susurro.

La abadesa, al recuperar su autoridad, se puso de pie.

—No podemos matarlo. Sería un pecado. Pero tampoco puede quedarse aquí. El Vaticano no debe saberlo.

El padre Francisco asintió.

—Debemos confinarlo. En una celda sellada, bajo vigilancia constante. Y a Gloria... —Miró a la monja que acunaba al Cambión; sus ojos brillaban con una devoción enfermiza. —Ella debe quedarse con él. Es su madre, para bien o para mal.

La idea de encerrar a Gloria con esa criatura me heló la sangre. Pero no había otra opción. El convento no podía permitirse un escándalo, y el Cambión era una amenaza que nadie sabía cómo manejar. Las hermanas comenzaron a preparar una celda aún más profunda, un agujero en las entrañas del convento, donde la luz del sol nunca llegaba. Mientras tanto, Gloria y su hijo fueron trasladados a una celda temporal, vigilados día y noche.

Los días que siguieron fueron un torbellino de miedo y paranoia. Las hermanas susurraban en los pasillos, convencidas de que el demonio volvería por su hijo. Algunas aseguraban haber oído risas infernales en la noche, o haber visto sombras moverse

en las paredes. Yo misma no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, veía los ojos vacíos del Cambión, o sentía el aliento de Asmodeo en mi nuca.

Mi diario, olvidado durante esos días, volvió a ser mi único refugio. Solo a través de la escritura lograba ordenar el caos y dar sentido a lo imposible.

Una noche, incapaz de soportar el silencio opresivo del convento, bajé a la celda temporal donde Gloria y el Cambión estaban confinados. La puerta estaba custodiada por dos hermanas, que me miraron con recelo pero me dejaron pasar. Adentro, el aire era denso, cargado de un olor metálico y algo más, un hedor que no podía identificar. Gloria estaba sentada en el suelo, con el Cambión en su regazo. La criatura, que no había crecido como un bebé normal, parecía más grande, más fuerte. Sus garras se movían con una precisión inquietante, y sus ojos me siguieron mientras me acercaba.

—Hermana... —susurró Gloria, su voz débil pero cargada de una extraña calma. —No es un monstruo. Es mi hijo. Lo siento... lo amo.

Sus palabras me desgarraron. Quise gritarle, decirle que estaba loca, que esa cosa era una abominación. Pero había algo en su mirada, una mezcla de dolor y devoción, que me detuvo. Me arrodillé a su lado, y mantuve la distancia.

—¿No tienes miedo? —pregunté

Ella sonrió, una sonrisa rota.

—Al principio, sí. Aunque ahora... lo comprendo. Él es parte de mí. Y yo de él. —No pronunció el nombre de Asmodeo, pero no hacía falta. La presencia del demonio aún flotaba en el aire, como una sombra que nunca se iba.

El Cambión siseó, y sus garras rasgaron el suelo. Las marcas eran profundas. Sentí un escalofrío, pero no podía apartar

la vista. Había algo en él, una inteligencia maligna que no correspondía a un recién nacido. Me miró, y por un instante, sentí que veía dentro de mí, que conocía mis miedos, mis dudas, mi curiosidad malsana. Me puse de pie y retrocedí.

—Debo irme —murmuré, y salí de la celda casi a la carrera.

Ahora mismo escribo de forma frenética en el diario, para tratar de exorcizar el terror que me consume. Pero las palabras al parecer no son suficientes.

El convento ha cambiado, corrompido por la presencia del Cambión. Las hermanas enferman, los crucifijos se caen de las paredes, y los sueños de todas están plagados de visiones de fuego y sangre. La abadesa, cada vez más frágil, insiste en que debemos confiar en Dios, pero su voz carece de convicción.

El padre Francisco, por su parte, se sumerge en el estudio del *Libro de Enoc*, en busca de respuestas. Una tarde, me llamó a la biblioteca y me mostró un pasaje que hablaba de los Nefilim, los hijos de los ángeles caídos.

—El Cambión es un eco de esos seres —dijo, su voz cargada de temor. —No es solo un monstruo. Es un presagio. Si vive, atraerá a otros como él. Y entonces, este convento, esta ciudad, tal vez el mundo entero, caerá bajo su sombra.

Sus palabras me han perseguido por días. Se que debo hacer algo, pero ¿qué? Matar al Cambión es un pecado, y dejarlo vivir es una condena. Gloria, atrapada en su amor enfermizo, no nos ayudaría. Y el padre Francisco, aunque valiente, esta tan perdido como nosotras.

Isabel no podía creer lo que acababa de leer; no sabía qué pensar. Cuanto más se sumergía en ese diario, más quería saber.



Semanas después, la celda profunda estuvo lista. Era un agujero en la tierra, sellado con puertas de hierro y bendecido con todos los rituales que el padre Francisco pudo realizar. Gloria y el Cambión fueron trasladados allí, bajo la luz de antorchas que apenas iluminaban la oscuridad. Mientras bajábamos las escaleras, sentí que descendíamos al infierno mismo. Gloria, que sostenía a su hijo, no protestó. Solo murmuraba una canción de cuna, en una lengua que no reconocía.

Cuando la puerta de la celda se cerró tras ellos, el sonido del cerrojo fue como un martillo que golpeaba un ataúd. Las hermanas lloraron, algunas de alivio, otras de culpa. Yo no podía sentir nada. Solo vacío. Pero mientras subíamos las escaleras, un grito resonó desde la celda, un alarido que no era humano ni demoníaco, sino algo intermedio. El Cambión. Y luego, la risa de Gloria, una risa que heló mi sangre.

Esa noche, el convento tembló. Las velas se apagaron, los crucifijos cayeron, y un viento frío recorrió los pasillos. En mis aposentos, abro mi diario, pero mi pluma tiembla tanto que apenas puedo escribir. Algo oscuro ha despertado, algo que no podemos contener. El Cambión está aquí, y con él, la promesa de un mal mayor.

Isabel cerró el diario, su respiración agitada. La vela en su habitación se había apagado, y la oscuridad era absoluta. Un crujido resonó seguido de un susurro:

—Serás mía» y el eco de una risa infernal llenó la habitación.

## CAPÍTULO 8 EXORCISAN A UNA MONJA

Isabel permanecía absorta, sin aliento, hundida en las páginas del diario de aquella monja. Cada palabra parecía susurrarle desde la penumbra, atrapándola en un silencio que devoraba las horas y los días. La curiosidad se convirtió en un hechizo oscuro: no notaba el hambre, no escuchaba el mundo más allá de su habitación, y en el aire comenzaba a crecer una presencia que la observaba mientras leía.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 16 de noviembre de 1675, año del Señor.

El convento se ha transformado en una prisión de sombras. Los muros, antaño refugios de oración y silencio, ahora parecen absorber los susurros de un mal que crece en su interior. La celda profunda, sellada con puertas de hierro y bendiciones que se desvanecían como polvo al viento, albergaba a Gloria y al Cambión. Pero su presencia se filtraba como veneno: corrompía el aire, los sueños y las almas de todas nosotras. Mi pluma tiembla al escribir estas palabras, aunque debo continuar, pues el diario es lo único que me mantiene anclada a la cordura.

Ya han pasado meses desde el nacimiento del Cambión, y su crecimiento no obedece a las leyes de la naturaleza. Donde un bebé humano gatearía con torpeza o balbucearía, esta criatura exhibe una fuerza y una inteligencia que hielan la sangre. Las hermanas que custodian la celda profunda —las pocas que aún se atreven a acercarse— hablan en susurros de cómo el Cambión se mueve con una agilidad imposible, trepa por las paredes de piedra como una araña, sus garras dejan surcos profundos en la roca. Sus ojos, pozos negros sin fondo, parecen seguir cada

movimiento, como si pudiera ver a través de las almas. Y su voz... no es un llanto, sino un siseo que resuena en la mente, un eco que despierta pesadillas incluso en las hermanas más devotas.

Gloria, por su parte, se hunde en un abismo de devoción enfermiza. Las pocas veces que se nos permite verla, su rostro está demacrado, sus ojos hundidos y brillantes con una fiebre que no es de este mundo. Acuna al Cambión como si fuera un niño normal, cantándole canciones en una lengua que ninguna de nosotras reconoce, una mezcla de latín corrupto y sonidos guturales que hacen estremecer a quienes los escuchan. A veces, ríe sin motivo, una risa que resuena en los pasillos y que las hermanas juran que no es suya, sino un eco de Asmodeo. Otras veces, murmura oraciones invertidas, palabras que profanan los salmos que una vez recitó con fervor. La abadesa insiste en que Gloria está poseída, pero el padre Francisco, con el rostro cada vez más ceniciento, teme que sea algo peor: que Gloria haya elegido de forma libre abrazar la oscuridad.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 20 de noviembre de 1675, año del Señor.

Hoy, la hermana Consuelo, una de las pocas que aún aceptaba custodiar la celda profunda, regresó al claustro principal con el rostro pálido y las manos temblorosas. Nos reunimos en el refectorio, donde, entre sollozos, relató lo que había visto. El Cambión, que apenas debería tener ocho meses de vida, ahora es del tamaño de un niño de tres años. Su piel escamosa, de un verde metálico, brilla bajo la luz de las antorchas, y sus extremidades, largas y nudosas, terminan en garras que rasgan el aire con una precisión aterradora. Consuelo jura que la criatura la miró de manera directa a los ojos y que, en ese instante, sintió que su fe se desmoronaba, como si el Cambión hubiera

desnudado sus pecados más ocultos. «No es un niño », susurró, «es un juez del infierno».

Lo más perturbador fue su descripción de Gloria. Consuelo la vio arrodillada ante el Cambión, con las manos extendidas como si le ofreciera un sacrificio. La criatura, sentada en el suelo, trazaba símbolos en la piedra con sus garras, formas que Consuelo no pudo describir sin que su voz se quebrara. Gloria, con el cabello desgredado y la túnica rasgada, reía mientras el Cambión brincaba y ella murmuraba:

—Mi rey, mi luz, mi salvador.

Cuando Consuelo intentó rezar un Padrenuestro, Gloria giró la cabeza con una rapidez inhumana y siseó:

—No lo nombres aquí».

La hermana huyó, convencida de que el diablo mismo había hablado a través de ella.

La abadesa, al escuchar el relato, ordenó que nadie más bajara a la celda profunda sin su permiso. Aunque el miedo ya se ha apoderado del convento. Las hermanas evitan los pasillos que llevan al sótano. Varias han caído enfermas, con fiebres sin causa aparente y sueños que las despiertan entre gritos. Los crucifijos cuelgan invertidos en las paredes, y el agua bendita, que antes era un consuelo, ahora parece evaporarse de los frascos. Ayer, la hermana Inés encontró un rosario partido en dos, las cuentas esparcidas como si alguien las hubiera arrancado con furia. Nadie se atreve a nombrar al Cambión, pero todas sabemos que es él quien corrompe nuestro hogar.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 25 de noviembre de 1675, año del Señor.

El padre Francisco me llamó a la biblioteca esta tarde. Sus manos, por lo general firmes, temblaban mientras hojeaba un manuscrito antiguo, un tomo polvoriento que olía a moho y desesperación.

—*Es el Liber Maleficarum* —explicó—, un texto prohibido que describe a los hijos de los demonios. Según el libro, un Cambión no es solo un híbrido de humano y demonio, sino un puente entre mundos, un ser capaz de abrir puertas al infierno. Si crece, dijo el padre, su poder crecerá con él. Podría convocar a su padre, a Asmodeo, o a algo aún peor.

Le pregunté qué podíamos hacer, aunque su silencio fue más aterrador que cualquier respuesta. Al final, murmuró:

—El Vaticano debe saberlo, pero si lo hacemos, destruirán el convento. Y a nosotros con él.

Sus palabras me persiguen. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo un lugar de fe se ha convertido en un campo de batalla contra el mismísimo infierno?

Esa noche, no pude resistir la tentación. Bajé a la celda profunda, aproveché que las hermanas guardianas dormían, agotadas por el miedo. La puerta de hierro estaba fría al tacto, y el aire olía a azufre y sangre. Al abrirla, la oscuridad me envolvió, rota solo por el brillo de una antorcha que Gloria había encendido. Allí estaba ella, sentada en el suelo, con el Cambión a su lado. La criatura era como la había descrito Consuelo, sus garras trazaban círculos en la piedra, y los símbolos parecían brillar con una luz propia, como si estuvieran vivos.

Gloria me miró, y por un instante, creí ver a la monja que una vez conocí. Pero entonces sonrió, una sonrisa que no era suya, y dijo:

—Hermana, ¿has venido a adorarlo?

Su voz era un eco distorsionado, como si hablara desde el fondo de un pozo. El Cambión alzó la vista, y sus ojos negros se clavaron en mí. Sentí un peso en el pecho, como si mi corazón estuviera siendo aplastado. Intenté rezar, no obstante, las palabras se atoraron en mi garganta. La criatura siseó, y el sonido era una promesa de dolor.

Salí despavorida y cerré la puerta tras de mí. Mientras ascendía por las escaleras, escuché la risa de Gloria, entrelazada con el siseo del Cambión. No dormí esa noche. Mi diario es mi único refugio, pero incluso estas páginas resultan insuficientes para contener el terror.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 27 de noviembre de 1675, año del Señor.

Hoy el padre Francisco regresó, no como el hombre derrotado que temíamos había sucumbido a la celda profunda, sino como un guerrero de Dios, con una chispa de determinación en sus ojos cenicientos. En la biblioteca, bajo la luz parpadeante de una vela, nos reunió a la abadesa y a las pocas hermanas que aún podían sostener un crucifijo sin temblar. Sus manos, marcadas por cortes recientes, sostenían el *Liber Maleficarum* y un cuaderno lleno de anotaciones garabateadas con frenesí.

—El Cambión es un puente al infierno —dijo, su voz baja, aunque firme—, pero Gloria es la puerta. Mientras ella lo adore, su poder crecerá. Debemos separarla de la criatura y exorcizar el mal que la consume. Solo entonces podremos enfrentarnos al Cambión. La abadesa, con el rostro demacrado por el ayuno, asintió, no obstante, sus ojos reflejaban duda.

—¿Y si no es un demonio lo que la posee, padre? ¿Y si ella ha elegido esto?

Francisco apretó los labios.

—Entonces que Dios nos perdone por lo que debemos hacer.

El plan era arriesgado, casi suicida. Debíamos bajar a la celda profunda, apartar a Gloria del Cambión y llevarla a la capilla, donde el padre Francisco realizaría el exorcismo. Las hermanas guardianas, Consuelo e Inés, se ofrecieron a liderar la incursión, armadas con rosarios y frascos de agua bendita que, aunque debilitada, aún conservaban un tenue poder. Yo, como escriba del convento, fui encargada de documentarlo todo, no obstante, mi corazón latía con un terror que apenas podía contener.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 28 de noviembre de 1675, año del Señor.

Al amanecer, nos reunimos en el claustro principal. El aire estaba cargado de un hedor a azufre que se filtraba desde el sótano, y los muros parecían vibrar con un zumbido bajo, como el latido de un corazón infernal. La abadesa bendijo a cada una de nosotras, rociándonos con agua bendita que chisporroteaba al tocar nuestra piel, como si el mal ya hubiera dejado su marca. Las hermanas Consuelo, Inés, Margarita y yo descendimos las escaleras hacia la celda profunda, con el padre Francisco a la cabeza, que sostenía un crucifijo de plata que brillaba con debilidad bajo la luz de las antorchas.

La puerta de hierro estaba cubierta de símbolos grabados, los mismos que el Cambión trazaba en la piedra. Al abrirla, un viento frío nos golpeó y apagó una de las antorchas. La oscuridad era casi sólida, rota solo por el resplandor de una vela que Gloria había encendido en el centro de la celda. Allí estaba ella, arrodillada ante el Cambión, su piel escamosa reflejaba la luz

como un espejo roto. Sus garras trazaban círculos en el suelo, y los símbolos parecían moverse, como si estuvieran vivos.

—Gloria —dijo el padre Francisco, al tiempo que alzaba el crucifijo—. Ven con nosotros. Aún hay salvación para ti.

Gloria giró la cabeza con lentitud, su sonrisa torcida y sus ojos brillantes con un verde antinatural.

—¿Salvación? —preguntó, su voz un eco distorsionado—. Mi rey es mi salvación.

El Cambión alzó la vista, sus ojos negros clavándose en nosotros. Sentí un peso en el pecho, como si mi alma estuviera siendo arrancada. La hermana Inés comenzó a rezar un Padrenuestro, pero su voz se quebró cuando el Cambión siseó, un sonido que resonó en nuestras mentes como un millar de agujas.

—¡Ahora! —gritó Consuelo, mientras lanzaba agua bendita hacia el Cambión.

La criatura retrocedió, chillaba, y su piel humeó donde el agua la tocó. Margarita y yo corrimos hacia Gloria, sujetándola por los brazos. Ella se resistió con una fuerza inhumana, sus uñas rasgaron mi hábito, pero logramos arrastrarla hacia la puerta. El Cambión intentó seguirnos, trepaba por las paredes como una araña, mientras que el padre Francisco alzó el crucifijo y recitó en latín:

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, ego te expello!*

La criatura se detuvo, como si una barrera invisible la contuviera, y su chillido perforó nuestros oídos.

Subimos las escaleras a trompicones. Gloria se retorció y gritaba en una lengua que nadie comprendía. Sus palabras eran un galimatías de latín corrupto y sonidos guturales que hacían temblar los muros. Cuando llegamos a la capilla, la abadesa ya

había preparado el altar: un círculo de sal rodeaba una silla de madera, donde atamos a Gloria con cuerdas bendecidas. Los crucifijos colgaban de las paredes, y las velas ardían con una llama que parpadeaba como si temiera apagarse. Las hermanas formaron un círculo alrededor de Gloria, rezaban en un coro tembloroso, mientras el padre Francisco se colocaba frente a ella, con el *Rituale Romanum* en las manos.

El aire en la capilla se volvió denso, como si respiráramos plomo. Gloria, atada a la silla, dejó de gritar y nos miró con una calma aterradora. Su cabeza se ladeó, y una sonrisa se dibujó en su rostro, pero no era suya: era demasiado amplia, demasiado cruel.

—¿Creen que pueden arrancarme de ella? —dijo, su voz un gruñido que parecía venir de todas partes.

Las velas parpadearon, y las sombras se alargaron sobre los muros. Tomaron formas que no pertenecían a este mundo.

El padre Francisco alzó el crucifijo y comenzó el rito:

—*¡Exorcizo te, immundissime spiritus, omnis incursio adversarii, omne phantasma, omnis legio, in nomine Domini nostri Jesu Christi!*

Gloria se convulsionó, su cuerpo arqueándose contra las cuerdas. La silla crujió, y el suelo bajo ella comenzó a agrietarse, como si la tierra misma rechazara su presencia.

—¡Nombre! —gritó Francisco—. ¡Revela tu nombre, espíritu inmundado!

La cosa dentro de Gloria rio, un sonido que heló la sangre.

—Soy legión —dijo, y su voz era un coro de mil alaridos—. Soy el que camina en la sombra de Asmodeo. Soy el que devora la luz.

Las hermanas retrocedieron. La abadesa las obligó a continuar con el rezo. El rosario quemaba en mis manos. El sudor me cubría la frente. Repetía las oraciones una a una, aunque cada palabra me desgarraba por dentro.

Francisco roció agua bendita sobre Gloria. Su piel humeó, y las marcas rojas sangraron un líquido negro.

—¡Mientes! —rugió el padre—. ¡No eres legión! ¡Eres un siervo, un esclavo de Asmodeo! ¡Dime tu nombre o te arrancaré de este cuerpo en el nombre de Cristo!

Gloria, o la cosa que la habitaba, escupió un líquido viscoso que quemó el suelo.

El exorcismo continuó hasta el alba, y aún ahora, mientras escribo con la mano temblorosa y la mente quebrada, siento que el infierno nos observa desde cada grieta de estas paredes.

El silencio llegó primero.

No el silencio de la oración, ni el de la noche profunda, sino uno que parecía arrancado de la garganta del mundo. Las campanas dejaron de tañer a la hora de prima. Los pájaros que anidaban en los aleros desaparecieron. Hasta el viento cesó de golpear los vitrales. En la capilla, Gloria colgaba inerte de las cuerdas, la cabeza caída sobre el pecho, un hilo de saliva negra goteaba hasta el suelo de mármol que ya estaba cubierto de grietas.

El padre Francisco alzó el crucifijo por enésima vez, pero no salió de su boca ninguna palabra. Estaba exhausto. Todos lo estábamos. Habíamos rezado, gritado y llorado durante horas. El demonio que hablaba por Gloria había reído, había escupido, había pronunciado nuestros pecados más íntimos con la precisión de un cirujano. Y de pronto... nada.

Entonces lo sentimos. Un vacío.

Como si alguien hubiera abierto una ventana en el infierno y todo el aire maligno hubiera sido succionado de golpe hacia abajo, hacia la celda profunda.

La hermana Consuelo fue la primera en hablar, con voz apenas audible:

—Se ha ido... el peso. Ya no siento que me miren desde dentro.

Yo también lo noté. El aire ya no olía a azufre. Las velas dejaron de parpadear. Los crucifijos colgaban derechos otra vez. Incluso Gloria parecía... dormir. Un sueño profundo, humano, agotado.

El padre Francisco se puso en pie con dificultad, apoyándose en el altar.

—Bajemos —dijo—. Ahora.

Nadie discutió.

Bajamos las escaleras en procesión silenciosa, antorchas en alto. El hedor había desaparecido. Las marcas negras que cubrían los muros empezaban a desvanecerse como tinta bajo el sol. Cuando llegamos a la puerta de hierro, los símbolos grabados por las garras del Cambión eran apenas rasguños superficiales. Empujamos la puerta.

Y allí estaba. Solo.

Sentado en el centro de la celda, con las piernas cruzadas como un niño cualquiera. Ya no era el monstruo que trepaba paredes. Su piel escamosa se había vuelto pálida, casi translúcida, con sólo leves reflejos verdosos bajo la luz de la antorcha. Las garras se habían retraído hasta convertirse en uñas largas, sí, pero humanas. Los cuernos apenas eran dos protuberancias pequeñas sobre la frente, como los brotes de un ciervo recién nacido. Los ojos... ya no eran pozos negros. Eran

grandes, dorados, con pupilas verticales que se contraían y dilataban como las de un gato asustado.

Nos miró. Y rompió a llorar.

No era un llanto demoniaco. Era el llanto de un niño perdido que lleva meses sin escuchar una voz amable.

La hermana Inés dio un paso al frente sin pensarlo, dejó caer el frasco de agua bendita y se arrodilló frente a él.

—Pequeño... —susurró—. ¿Tienes hambre?

El Cambión asintió y sorbió los mocos. Tenía la cara llena de lágrimas.

## CAPÍTULO 9 EL ANTICRISTO

Isabel se inclinaba sobre el diario, con los ojos que ardían de cansancio y fascinación. No era ya la curiosidad lo que la retenía, sino una fuerza más profunda, como si cada página estuviera escrita para ella sola. El tiempo se deshacía en sombras, y la habitación se volvía un lugar sin ventanas ni puertas. El hambre, el sueño y la realidad se borraban, mientras las frases del manuscrito comenzaban a entrelazarse con sus propios pensamientos, hasta que no pudo distinguir si leía o si alguien, desde la oscuridad, pensaba dentro de su mente.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 29 de noviembre de 1675, año del Señor.

Lo hemos llamado Elías.

Fue idea de la hermana Margarita, que recordó que Elías significa «Mi Dios es Yahvé». Un desafío directo al padre de la criatura. La abadesa dudó, pero cuando vio que el niño —porque ya no podemos llamarlo de otra forma— se santiguaba con torpeza al escuchar el nombre de Jesús, cedió.

Lo alimentamos con leche de cabra tibia y pan remojado en miel. Al principio temimos que rechazara la comida humana, que exigiera sangre o carne cruda. Aunque Elías devoró el tazón entero y pidió más, con voz ronca pero dulce:

—Gracias... hermanas.

Su voz. Dios mío, su voz. Era la de un niño de cuatro o cinco años, aunque no ha cumplido ni nueve meses desde su

nacimiento. Habla despacio, como si escarbaba entre las palabras, pero las encuentra. Y cuando el padre Francisco le preguntó:

—¿Sabes quién es Dios, hijo mío?

Elías bajó la cabeza, avergonzado.

—Oscuro... me decía que no existía. Que él era el único dios. Pero... ahora siento otra cosa. Aquí —se tocó el pecho con una mano pequeña y temblorosa—. Calor. Luz.

Esa noche lo bañamos. La hermana Consuelo y yo lo llevamos al lavadero. El agua se tiñó un poco de verde al principio, como si laváramos siglos de corrupción. Pero después quedó limpia. Su piel quedó rosada, casi humana, salvo por esas leves escamas iridiscentes en los hombros y la espalda, como si llevara una armadura de pez bajo la piel. Los cuernitos no desaparecieron, no obstante, se volvieron suaves al tacto, como hueso cubierto de terciopelo.

Cuando le pusimos una túnica blanca de novicio —la más pequeña que encontramos—, Elías se miró las manos, abrió y cerró los dedos, y sonrió por primera vez. Una sonrisa tímida, con colmillos apenas más largos de lo normal, pero sonrisa al fin.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 1 de diciembre de 1675, año del Señor.

Lo hemos sacado de la celda.

Primero al claustro inferior, custodiado por cuatro hermanas y el padre Francisco. Elías caminaba despacio, miraba todo con ojos asombrados. Tocaba las columnas, olía las flores del jardín, levantaba la cara al cielo gris de invierno como si nunca hubiera visto la luz del día.

Cuando una paloma se posó en el brocal del pozo, Elías extendió la mano. El ave no huyó. Se dejó acariciar. Yo lloré sin poder contenerme.

Las hermanas más jóvenes —las que nunca habían bajado a la celda profunda— lo miraban con miedo al principio. Pero cuando Elías se acercó a la hermana Lucía, que sufre de temblores desde niña, y puso su pequeña mano sobre la rodilla enferma, algo ocurrió. Ella dejó de temblar. Por primera vez en veinte años.

—Gracias, pequeño —susurró la hermana.

Elías se sonrojó y escondió la cara en el hábito de la hermana Margarita.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 3 de diciembre de 1675, año del Señor.

Elías aprende rápido. Demasiado rápido.

El padre Francisco le enseña el catecismo en la biblioteca. El niño repite las oraciones sin equivocarse, aunque a veces confunde las palabras y dice «Oscuro padre que estás en los cielos» con una entonación que hace que se nos erice la piel, como si aún quedara un eco lejano de algo que escuchó en el útero infernal.

Pero cuando comete un error, se disculpa de inmediato y pide que lo corrijan. Ayer, mientras recitaba el Ave María, se detuvo en «bendito es el fruto de tu vientre» y preguntó:

—¿Eso... era yo?

El silencio fue tan grande que se pudo escuchar el latido de nuestros corazones.

El padre Francisco se arrodilló frente a él.

—No, hijo. Tú eres un fruto nuevo. El viejo árbol fue arrancado.

Elías sonrió con alivio y rezó con más fervor.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 5 de diciembre de 1675, año del Señor.

Gloria sigue en la enfermería, encadenada por precaución. Duerme casi todo el día. Cuando despierta, llora. Lloro como si le hubieran arrancado el alma y sólo quedara el cascarón. No recuerda casi nada de lo sucedido. A veces pregunta por «su rey» con voz infantil, y entonces la sedamos con láudano para que no sufra.

Ayer permitimos que Elías la viera desde la puerta. El niño se quedó quieto, miraba a la mujer que había sido su madre-adoradora. Después se acercó despacio, se arrodilló junto a la cama y tomó la mano flaca de Gloria entre las suyas.

—Mamá —dijo con voz clara—. Ya no tienes que tener miedo.

Gloria abrió los ojos, vio al niño y rompió a llorar de nuevo. Pero esta vez eran lágrimas limpias. Elías apoyó la cabeza en su regazo y se quedó allí hasta que ella se durmió.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 7 de diciembre de 1675, año del Señor.

Hoy ha ocurrido algo que nadie esperaba.

Durante la misa de la mañana, Elías pidió permiso para recibir la Comunión. El padre Francisco palideció. La abadesa se opuso. «¡Es hijo de un príncipe del infierno!», susurró horrorizada.

Pero el niño insistió, con esa calma que ya todos reconocemos en él:

—Quiero a Jesús dentro de mí. Como ustedes.

Se hizo un silencio sepulcral.

Al final, el padre Francisco tomó la decisión más valiente de su vida. Partió la hostia en dos, puso una migaja en la lengua de Elías y pronunció las palabras:

—*Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam.*

Elías cerró los ojos.

Y nada ocurrió.

Ni humo, ni gritos, ni convulsiones.

Solo una lágrima dorada que rodó por su mejilla y cayó al suelo, donde brilló un instante antes de desaparecer.

Después de misa, las hermanas lo rodearon. Ya nadie le tiene miedo. Lo abrazan, lo besan en la frente, le peinan los cabellos negros que empiezan a crecerle lisos y suaves. Elías ríe, corre por los pasillos, juega a las escondidas con las novicias. Cuando se cansa, se sienta en el regazo de cualquiera y pide que le lean la vida de los santos.

Sólo hay una norma: nunca debe bajar solo a la celda profunda. La puerta sigue cerrada. Dentro aún quedan sombras que no queremos despertar.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 10 de diciembre de 1675, año del Señor.

Esta noche, mientras hacía mi ronda, encontré a Elías sentado en las escaleras que llevan al sótano. Miraba la puerta cerrada con expresión triste.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —le pregunté.

—Oigo... algo —susurró—. Muy débil. Como un latido.

Me agaché junto a él.

—¿Te llama?

Elías negó con la cabeza.

—No. Lloro. Dice que lo abandoné.

Sentí que el corazón se me detenía.

—¿Quién llora, Elías?

—Mi otro padre —respondió, y su voz tembló por primera vez en semanas—. El que está muy lejos. Dice que volverá por mí cuando sea más fuerte.

Lo tomé en brazos y lo llevé a la capilla. Allí rezamos juntos hasta que se durmió con la cabeza apoyada en el reclinatorio. Pero yo no pude dormir.

Porque en el silencio de la noche, muy débil, casi imperceptible, yo también lo escuché.

Un latido bajo el convento. Lento y poderoso. Paciencia infinita. Asmodeo espera.

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

Y Elías, nuestro niño imposible, nuestro milagro con cuernos pequeños y ojos dorados, es la puerta que él mismo ayudó a cerrar...

pero que algún día podría abrir de nuevo.

Que Dios nos guarde a todos.

## CAPÍTULO 10 ELÍAS, EL CAMBIÓN

Isabel se estremecía en la penumbra de su habitación en la posada; el aire no solo estaba frío, sino cargado de un hálito sepulcral, como si los muertos respiraran a su lado. La vela agonizaba con un chisporroteo enfermo, y su llama torcida proyectaba sombras que ya no eran figuras, sino presencias: siluetas deformes que reptaban por las paredes con movimientos conscientes, como si buscaran alcanzarla.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 8 de julio de 1676, año del Señor.

Han pasado siete meses y nueve días desde que la puerta de hierro quedó sellada con siete candados y siete bendiciones.

Siete meses en que el convento ha vivido la más extraña paz.

Gloria ya no está encadenada.

Camina por los claustros, lleva el hábito gris de las conversas, ayuda en la cocina y en el huerto, canta los salmos con voz clara y firme. Las cicatrices de las muñecas se le han vuelto líneas plateadas que brillan cuando levanta los brazos para colgar la ropa. Nadie diría, al verla reír con las novicias más jóvenes, que esa misma boca pronunció una vez lenguas muertas y maldijo a la Virgen con palabras que hicieron sangrar los oídos.

El padre Francisco la observa desde lejos, siempre. A veces la llama a la sacristía y le hace preguntas cortas, precisas:

—¿Has soñado con él?

—¿Sientes frío en el pecho sin motivo?

—¿Te llama alguien cuando estás sola?

Gloria siempre responde lo mismo, con esa sonrisa serena que parece recién nacida:

—No, padre. Solo sueño con mi hijo.

Porque Elías es ahora su único pensamiento.

El niño ha crecido de manera imposible.

En enero parecía de cinco años; en marzo, de ocho; hoy, en este julio ardiente, cualquiera juraría que tiene doce o trece. Alto, delgado, con los hombros que empiezan a ensancharse y la voz que se quiebra de pronto en graves inesperados. Los cuernos se le han alargado apenas dos dedos más, curvándose hacia atrás como los de un cabritillo; los disimula bajo una gorra de lino que la hermana Margarita le tejió con cariño. Las escamas de los hombros brillan como nácar cuando se quita la túnica para bañarse en el pilón del claustro, y las niñas pequeñas del orfanato —porque ahora recibimos huérfanos de la peste— corren a tocarlas, fascinadas, gritan que Elías lleva «piel de sirena».

Él se deja tocar, ríe, los alza en brazos.

Pero cuando alguien menciona a su madre, se queda callado y mira hacia la enfermería con una nostalgia que no debería caber en un cuerpo tan joven.

Porque aún no le permiten verla a solas.

La abadesa lo prohibió.

—Primero el exorcismo definitivo —dijo—. Después la reunión. No vamos a arriesgar al niño.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 10 de julio de 1676, año del Señor.

Hoy, por fin, ha llegado el día.

El padre Francisco pasó tres días en oración y ayuno; llegó pálido, con los ojos hundidos, pero con una calma que parecía de otro mundo. Trajo consigo al padre Diego de la Cruz, exorcista mayor de la diócesis, un hombre seco y alto como un ciprés, que miró a Gloria como quien mira una tumba recién abierta.

—Hermana —le dijo sin preámbulos—, ¿estás dispuesta a entrar en el combate una vez más?

Gloria se arrodilló sin dudar.

—Por mi hijo, padre. Por poder abrazarlo sin miedo de hacerle daño. Haré lo que sea.

Elías, que escuchaba desde el corredor, apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Yo lo vi y sentí que el corazón se me partía en dos.

La capilla está preparada como para una guerra.

El altar mayor cubierto de lienzo blanco.

Siete cirios de cera virgen bendecida en Roma.

Reliquias de san Miguel, santa Catalina y el beato Pedro de Arbués.

Una cruz de olivo traída de Jerusalén.

El suelo dibujado con sal y carbón en forma de estrella de cinco puntas dentro de un círculo perfecto.

En el centro, la silla de roble con correas de cuero reforzadas con hilo de plata.

Gloria entró descalza, vestida solo con una túnica de lino crudo.

Se sentó sin que nadie se lo ordenara. Extendió los brazos para que la ataran.

No temblaba.

Elías suplicó que lo dejaran estar presente.

—Necesito verla —dijo—. Necesito que ella me vea a mí. Si algo... si algo sale mal, quiero que sepa que la espero.

La abadesa se negó.

El padre Francisco dudó.

Al final fue Gloria quien habló, con voz tan firme que nadie osó contradecirla:

—Déjenlo entrar. Mi hijo tiene derecho a ver cómo su madre lucha por él.

Y así, a las tres de la tarde, cuando el calor era tan intenso que hasta las cigarras parecían callar por respeto, comenzó el rito.

El padre Diego inició con el *Litaniae Sanctorum*.

Su voz resonaba bajo las bóvedas como bronce antiguo.

El padre Francisco sostenía el Ritual Romano abierto en la página marcada con una cinta roja.

Yo, desde mi sitio del coro, escribía sin parar, porque alguien tiene que dejar testimonio de lo que aquí sucede.

Y Elías... Elías estaba de pie junto a la puerta, muy quieto, con la gorra entre las manos y los ojos dorados fijos en su madre.

Primera hora

Las oraciones iniciales.

El salmo 67: *Exsurgat Deus et dissipentur inimici eius.*

Gloria respondía «Amén» con voz clara.

Nada anormal.

Segunda hora

Comenzaron las conjuraciones.

*Exorcizo te, immundissime spiritus...*

El padre Diego alzó la cruz y roció agua bendita.

Gloria tosió un poco, como si le hubiera entrado humo.

Sonrió después.

—Estoy bien —dijo—. Continúen.

Tercera hora

El calor aumentó de pronto.

Las velas se inclinaron todas hacia la izquierda, aunque no había corriente.

Un olor leve, apenas perceptible, a rosas frescas.

El padre Diego frunció el ceño.

—¿Sientes algo, hija?

Gloria negó con la cabeza.

—Solo paz, padre. Mucha paz.

Elías dio un paso adelante.

Nadie se lo impidió.

Cuarta hora

El padre Diego pasó a las imprecaciones más fuertes.

Leyó los pasajes del príncipe de este mundo, del dragón antiguo, del que fue arrojado como ladrón y homicida.

De pronto, Gloria arqueó la espalda.

No fue violento como la primera vez. Fue... lento. Como si algo dentro de ella se estirara después de un largo sueño.

Sus ojos se volvieron negros.

No pozos, sino un negro profundo, aterciopelado, como la noche sin luna.

Y habló.

Pero no era la voz gutural del Cambión ni el tono seductor que recordábamos de los peores días.

Era una voz de mujer. Triste. Antigua. Cansada.

—Demasiado tarde —dijo—. Ya no estoy dentro de ella.

El padre Francisco palideció.

—¿Quién eres?

La boca de Gloria sonrió con dulzura.

—Soy lo que quedó cuando él se llevó todo lo demás. Soy la madre que nunca pudo serlo. Soy la niña que Gloria fue antes de que la rompieran. Soy... el vacío que él dejó al marcharse.

Elías corrió hacia ella.

Las hermanas intentaron detenerlo, pero fue más rápido.

—¡Mamá!

Se arrodilló frente a la silla y tomó las manos atadas de Gloria entre las suyas.

Los ojos negros lo miraron. Y lloraron.

—No llores, mi niño —susurró la voz—. Ya no queda demonio aquí. Solo queda... ausencia. Él se llevó mi alma cuando se fue a ti. Lo que quedó es solo carne que aprendió a rezar.

El padre Diego alzó la cruz con furia.

—¡Nombre! ¡Danos tu nombre, espíritu inmundo!

La cabeza de Gloria cayó hacia delante.

Cuando volvió a alzarla, sus ojos eran otra vez los de siempre: castaños, humanos, llenos de lágrimas.

—No hay nombre que dar —dijo con su propia voz—. Porque ya no hay nadie. El exorcismo está completo desde el día que mi hijo nació de nuevo.

Quinta hora

El silencio fue tan grande que se oyó el latido de todos los corazones.

El padre Diego, confundido, miró al padre Francisco.

Este, a su vez, miró a Elías.

El niño seguía arrodillado, abrazaba las piernas de su madre.

—¿Puedo desatarla? —preguntó con voz temblorosa.

Nadie respondió.

Entonces Elías, sin esperar permiso, comenzó a soltar las correas él mismo. Sus dedos pequeños pero fuertes trabajaron con rapidez.

Cuando la última correa cayó, Gloria se deslizó de la silla y cayó de rodillas frente a su hijo.

Se miraron mucho rato.

Después, muy despacio, Gloria abrió los brazos.

Elías se lanzó a ellos.

Y lloraron.

Lloraron como si el mundo entero se hubiera roto y solo quedaran ellos dos para juntar los pedazos.

Yo lloré con ellos.

Lloramos todos. Hasta el padre Diego, que nunca había derramado una lágrima en treinta años de exorcismos, se secó los ojos con la manga.

Cuando por fin se separaron, Gloria tomó el rostro de Elías entre sus manos y lo miró como quien mira el sol después de años en tinieblas.

—Tienes sus ojos —susurró—. Pero también tienes los míos. Y eso... eso es lo que importa.

Elías sonrió entre lágrimas.

—¿Puedo llamarte mamá de verdad ahora?

—Siempre fuiste mi hijo, Elías. Desde el primer latido, aunque fuera un latido equivocado.

Esa noche

La abadesa levantó la prohibición.

Gloria y Elías duermen en el mismo aposento: una camita pequeña junto a la de la madre.

Los he visto desde la puerta: ella le canta canciones de cuna en latín, él se acurruca contra su pecho como cualquier niño de doce años que aún necesita los brazos de su madre.

Pero hay algo que nadie dice en voz alta.

Elías ya no cabe en la túnica de novicio.

Sus hombros se ensanchan demasiado rápido.

Los cuernos crecen un milímetro cada semana.

Y a veces, en la noche, cuando cree que nadie lo ve, se sienta en la ventana y mira las estrellas.

Ayer lo encontré así.

—¿Qué miras, hijo? —le pregunté.

—Oigo el latido —respondió sin volverse—. Más fuerte que antes.

—¿Te llama?

Se quedó callado un rato larguísimo.

—No —dijo al fin—. Ya no me llama.

Ahora... espera a que yo lo llame a él.

Sentí que la sangre se me helaba.

—¿Y lo harás algún día?

Elías se volvió.

En la oscuridad, sus ojos dorados brillaban como dos monedas de oro recién acuñadas.

—No lo sé, hermana.

A veces siento que dentro de mí hay dos niños: uno que quiere correr a los brazos de Jesús...

y otro que quiere volver a casa.

Después se acercó, me abrazó con fuerza y susurró contra mi hábito:

—Pero hoy elijo quedarme. Hoy elijo a mamá. Mañana... mañana Dios dirá.

Y yo, que he visto a una mujer parir al hijo de un príncipe del infierno y luego verlo convertirse en un niño que reza el Padrenuestro con voz quebrada de adolescente...

Yo solo pude abrazarlo más fuerte y rezar.

Porque debajo del convento, muy profundo, el latido sigue. Lento. Poderoso. Paciencia infinita. Ahora ya no espera solo. Escucha.

## CAPÍTULO 11 **EL DEMONIO ATACA**

Isabel temblaba en la penumbra de su habitación en la posada; el aire estaba cargado de un frío antinatural. La vela parpadeaba; su luz proyectaba sombras danzantes que parecían observarla desde las paredes. El diario de la monja, con su cubierta de cuero desgastado, yacía abierto sobre la mesa; sus páginas amarillentas exhalaban un olor a moho y sangre seca. La curiosidad la atrapaba como una garra invisible y ya no podía detenerse. Necesitaba saber qué había sido del Cambión y de la hermana Gloria.

Con dedos temblorosos, Isabel buscó en las páginas alguna referencia, pero no halló nada sobre aquellos años intermedios. Solo encontró un fragmento escrito cuando Elías ya tenía dieciocho años.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, a 25 de octubre de 1690, año del Señor.

Han transcurrido dieciocho años desde que el demonio íncubo irrumpió en nuestras vidas y dejó una marca de horror imborrable. Aquella noche en que intentó violarme junto a la hermana Gloria, el convento cambió para siempre.

Las paredes, antaño santificadas, ahora parecían susurrar secretos oscuros, y el aire se volvió denso, como si el mismísimo infierno respirara entre nosotras. Nos preparamos para la llegada del bebé Cambión cargadas de un terror que ninguna oración lograba disipar. El padre Francisco y la abadesa, con los rostros demacrados, decidieron ocultar la verdad al Vaticano: si Roma se

enteraba, a Gloria y a su criatura las arrancarían de nuestras manos para diseccionarlas en nombre de la fe.

Por un milagro que nunca comprendimos, el parto transcurrió sin tragedia. Lo bautizamos con el nombre de Elías, nombre que significa «El Señor es mi Dios» o «Mi Dios es Yahvé»; cruel ironía para un ser engendrado en las sombras. Al principio parecía un bebé normal: sus pequeños puños terminados en garras se cerraban con inocencia y sus labios de un verde negruzco buscaban el pecho de Gloria. Pero pronto el horror se manifestó. Sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural, un rojo ardiente que atravesaba la penumbra como brasas vivas. Su llanto no era humano, sino un lamento gutural, eco de los abismos, que helaba la sangre.

Con los años su naturaleza demoníaca se reveló por completo: una larga cola escamosa brotó de su espalda y se movía con vida propia; sus manos adquirieron fuerza suficiente para quebrar piedra; y, en momentos de ira, el aire a su alrededor crepitaba con un calor infernal.

El convento se convirtió en prisión de miedo. Las hermanas, antes unidas por la fe, caminábamos con pasos cautelosos y evitábamos la celda donde Elías vivía con su madre. Gloria, consumida por la culpa y por un amor maternal que rayaba en la locura, lo cuidaba en aquel lugar oscuro, húmedo y olvidado donde las ratas correteaban entre las sombras. Apenas se atrevía a salir; temía que el mundo descubriera al monstruo que criaba.

Pero el demonio, su padre, no estaba dispuesto a permanecer en silencio. Su presencia se sentía en las noches sin luna, cuando los candelabros se apagaban solos y las puertas crujían sin motivo. Quería que Elías abrazara su legado, que desatara el caos que llevaba en la sangre.

Una noche, ya adolescente, Elías se miró en un espejo roto que Gloria había escondido. Sus ojos ardían como antorchas y sus manos, ahora terminadas en garras afiladas, rasgaron la

madera del marco. El reflejo no era humano, sino el de una criatura nacida del abismo. Su madre, con lágrimas en los ojos, no tuvo más remedio que confesarle la verdad: su padre era un íncubo que la había poseído en una noche de tormento. El Cambión escuchó en silencio, el rostro convertido en máscara de confusión y fascinación. Parte de él temía su herencia; otra parte, más oscura, la anhelaba.

Los años siguientes fueron una danza macabra entre la luz y la oscuridad. Elías, atrapado entre su corazón humano y su alma demoníaca, buscaba su lugar en un mundo que lo rechazaría. Gloria, con una devoción rayana en la obsesión, le inculcó la fe en Dios y rezó para que la luz prevaleciera. Las hermanas, aunque aterrorizadas, lo tratábamos con cariño; era parte de nuestra familia, un alma torturada que no había pedido nacer.

Pero el demonio no cejaba. En sueños le susurraba a Elías promesas de poder absoluto, de un reino donde sería dios. Despertaba bañado en sudor; sus garras arañaban las paredes y luchaba contra la voz que lo reclamaba.

El punto de no retorno llegó una noche de octubre, cuando el cielo se tiñó de rojo enfermo y la tierra tembló bajo nuestros pies. El íncubo regresó, su forma colosal envuelta en niebla negra que olía a azufre. Su voz retumbó como trueno y las campanas del convento tañeron solas:

—¡Elías, hijo mío, ha llegado el momento! ¡Abandona tu débil humanidad y únete a mí en el reino de las sombras!

Elías salió de sus aposentos; sus ojos brillaban con un fuego que no era de este mundo. Gloria corrió tras él, el hábito desgarrado por las zarzas del patio. Intentó detenerlo, pero el demonio alzó una mano invisible y la arrojó al suelo con un crujido de huesos.

—¡Tú no te metas, Gloria! ¡Esto es entre padre e hijo!

Elías, dividido, sentía la atracción de su sangre demoníaca. Sus garras se alargaron y un rugido inhumano escapó de su garganta.

—¿Qué debo hacer, padre? —preguntó con voz temblorosa.

El demonio sonrió, los dientes como dagas negras:

—Demuestra tu lealtad con un acto de oscuridad. ¡Quema la iglesia del pueblo, símbolo de su fe, y que las llamas anuncien el reino de las sombras!

Las hermanas, apiñadas en el claustro, gritábamos entre sollozos, implorándole que recordara su fe. El demonio, furioso, giró hacia nosotras; sus ojos eran pozos sin fondo:

—¡Cállense, rameras, o sus almas arderán por toda la eternidad!

Elías dudaba; su corazón humano luchaba contra el hambre de su alma demoníaca. Buscó una salida, un camino que no lo condenara del todo.

—Padre —propuso con voz firme—, ¿hay otra forma de demostrar mi lealtad sin destruir la iglesia?

El demonio guardó silencio un instante y luego soltó una risa que hizo crujir los árboles.

—¿Qué propones, hijo mío?

—Quiero hablar con el sacerdote del pueblo. Entender su perspectiva. Hallar un equilibrio.

El íncubo soltó una carcajada que resonó como un millar de cuervos:

—¿Crees que los humanos aceptarán tu naturaleza? ¡Ve, pues! Pero si fracasas, la oscuridad te devorará.

Acompañado por Gloria y por varias hermanas, Elías se dirigió a la iglesia, edificio de piedra que aquella noche parecía frágil bajo el cielo envenenado. El padre Damián, anciano de mirada amable pero firme, los recibió en la sacristía. El Cambión, con el corazón en un puño, explicó su origen y la encomienda de su padre. Añadió, casi en súplica:

—Padre, soy mitad demonio, aunque también humano. Quiero encontrar un equilibrio, un camino que no destruya.

Damián, sin un ápice de miedo, respondió:

—Elías, la luz y la oscuridad no son enemigas absolutas. La verdadera fuerza está en la compasión y el entendimiento. Prepárate como diácono y luego como sacerdote. Podrías ser un puente entre ambos mundos.

Elías asintió, aferrándose a esa esperanza. Era un plan audaz, casi herético, pero Damián lo guio con paciencia: le enseñó las Escrituras, la historia de la Iglesia y el poder del sacrificio.

Sin embargo, el demonio no se rendía. Cada noche enviaba visiones a su hijo: ciudades en llamas, ejércitos de demonios inclinados ante él, un trono de huesos. Elías despertaba con un alarido; sus garras destrozaban las sábanas, no obstante, Damián lo sostenía con palabras de fe.

Una noche, mientras estudiaba en la biblioteca del convento, Elías halló el *Libro de Enoc*, texto prohibido que hablaba de los Vigilantes, ángeles caídos que engendraron a los Nefilim, seres como él. Leyó su condena, pero también su posibilidad de redención. Comprendió entonces que su padre no lo amaba; solo quería usarlo como arma.

El horror no tardó en llegar. Una noche, mientras caminábamos por los pasillos, emergió de las sombras una mujer de ojos rojos como sangre, piel pálida como la muerte y túnica negra que parecía absorber la luz. Su voz era un siseo venenoso:

—Elías, tu padre me envía. Tu tiempo se acabó. No quemaste la iglesia; ahora la oscuridad te reclama.

Elías, con una calma que ocultaba su miedo, respondió:

—Ya elegí mi camino. No iré con la oscuridad.

La mujer rio; el sonido erizó la piel:

—La luz te debilita. La oscuridad te hará invencible.

Damián apareció entonces, y sostenía un crucifijo que brillaba con luz sobrenatural.

—¡Fuera, espíritu inmundo! ¡Aquí no tienes poder!

La figura se desvaneció, aunque su risa quedó y resonó en los pasillos. Damián consoló a Elías:

—La lucha es eterna, hijo, pero no estás solo.

El verdadero terror llegó días después. El ícubo regresó con un ejército infernal: sombras con garras, ojos que sangraban fuego, alas de murciélago que oscurecían el cielo. La iglesia quedó rodeada y las llamas empezaron a lamer sus muros. Elías salió a enfrentarlos; sus poderes demoníacos se desataron: las garras cortaban el aire, sus ojos ardían como faros. Las hermanas, armadas con agua bendita y rosarios, combatíamos a su lado, pero los demonios eran implacables.

La voz del ícubo retumbó:

—¡No escaparás, Elías! ¡Ven conmigo o muere!

La iglesia ardía. Damián, herido de muerte, cayó al suelo. Elías lo sostuvo entre sus brazos.

—No se muera, padre... —suplicó.

Damián esbozó una débil sonrisa:

—Has encontrado tu propósito, hijo. Continúa la lucha.

Y murió.

Elías, devastado, contempló la iglesia reducida a escombros. Su padre había ganado.

Él sabía que si se quedaba, su padre no cejaría hasta destruirlo todo. Con lágrimas en los ojos, se despidió de Gloria y de las hermanas y emprendió su viaje, pues sabía que la oscuridad lo perseguiría siempre.

Isabel cerró el diario. Su corazón latía con fuerza. La habitación se había vuelto helada y la lámpara se apagó sola. Un susurro recorrió la posada:

—Isabel... la oscuridad te reclama...

## CAPÍTULO 12 **PLAGAS EN EL CONVENTO**

Isabel cerró el cuaderno con manos temblorosas. Lo que acababa de leer sobre Elías, el Cambión, le parecía imposible, como si alguien hubiera escrito una novela gótica para asustar a las novicias. De no estar ella misma atrapada en un asedio demoníaco que le helaba la sangre cada noche, habría reído y cerrado el libro para siempre. Pero ya no reía. Ya no podía.

A diferencia de las demás hermanas, que solo contaban con rosarios y lágrimas, Isabel tenía al padre Anselmo, un anciano sacerdote retirado que había pasado cuarenta años en la expulsión de demonios en pueblos olvidados de la sierra. Que le había presentado el viejo guía del pueblo. Venía todas las tardes, con su sotana raída y su maletín de cuero lleno de reliquias. La acompañaba a la misa de cinco, se arrodillaba junto a ella en el banco más oscuro y, al terminar, subía a su habitación de la posada. Allí rociaba agua bendita en las cuatro esquinas, dibujaba cruces de sal gruesa en el umbral y colocaba pequeños crucifijos de olivo detrás de la puerta y bajo la almohada.

—Las sales exorcizadas absorben la maldad como esponja —decía con voz ronca—. El demonio odia la sal; le recuerda el mar que Dios creó antes que a él.

Cuando el padre Anselmo se iba y dejaba tras de sí un rastro de incienso y vejez, Isabel encendía la lámpara de aceite y volvía al diario. La curiosidad era más fuerte que el miedo. Quería entender. Necesitaba entender. ¿Cómo podía una monja haber yacido con un íncubo? ¿Cómo era posible que hubiera parido a un niño con ojos de brasas y una larga cola, y que ese niño hubiera sido querido, protegido, amado?

Abrió el cuaderno por donde lo había dejado.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, a 12 de febrero del año del Señor de 1691.

Un año ha transcurrido desde aquellos días de sangre y fuego que aún me despiertan con temblores. Veo la iglesia partida en dos, las vigas en llamas, el cuerpo del padre Damián atravesado por una lanza. Veo a Elías alejarse por el camino de los mezquites, con su capa negra que ondea como ala de cuervo. Y lloro otra vez, porque todas lo lloramos.

¿Cómo no llorarlo? Era nuestro pequeño monstruo, nuestro milagro terrible. Tenía garras, sí, y una cola que se enroscaba si estaba nervioso, y unos ojos dorados, con pupilas verticales que se contraían y dilataban como las de un gato asustado. Pero también tenía la risa más dulce del mundo y ayudaba a la hermana Refugio a cargar los cántaros de agua sin quejarse nunca. La que más sufrió fue su madre, la hermana Gloria. Todavía hoy, al atravesar el claustro alto, se detiene frente al retrato que le hicimos al llegar a los siete años —un retrato que el padre Damián encargó a un pintor indio para que nadie olvidara que también él era criatura de Dios— y permanece allí hasta que las lágrimas le caen en silencio.

Recuerdo a la perfección el día que llegó la hermana Lucía, recién llegada de Cádiz. Nadie pensó en advertirle. Entró al refectorio en busca de la madre superiora y se topó de frente con Elías, que corría con un cesto de naranjas. El grito que dio la pobre mujer todavía resuena en mis oídos. Cayó de rodillas, se persignó como loca y balbuceó oraciones en latín mezclado con andaluz. Elián se quedó paralizado, con la cola tiesa y los ojos muy

abiertos. Luego, con esa delicadeza suya que desarmaba a cualquiera, dejó el cesto en el suelo y se acercó despacio.

—No tenga miedo, hermana —le dijo con su voz de niño—. Yo no muerdo... salvo los domingos, que me dan hueso en la sopa.

Todas reímos, hasta la madre superiora. Pero Lucía tardó semanas en volver a mirarlo sin santiguarse.

Una tarde, Gloria reunió valor y le preguntó al padre Damián si era pecado tener a Elías entre nosotras.

—Padre, este niño es hijo de un demonio. ¿No mancha la casa de Dios con su sola presencia?

El padre Damián dejó la pluma, se quitó los anteojos y la miró con aquella calma suya que aplacaba tormentas.

—Hija mía, los demonios fueron ángeles antes de caer. No nacieron malos; eligieron serlo. El hábito no hace al monje, ni las alas rotas hacen al diablo. Elías es libre de elegir, como lo fuiste tú cuando tomaste los votos. Hasta ahora ha elegido ayudar a cargar leña, consolar a las enfermas y aprender de memoria el salmo noventa y uno. ¿Qué más quieres que haga un hijo de Dios?

Gloria, todavía inquieta, insistió:

—¿Y los demonios creen en Dios, padre?

Él sonrió con picardía.

—¿Conoces tú a algún demonio ateo, hija? Todos creen... y tiemblan.

Sabíamos quién era el verdadero culpable de nuestras desgracias: el padre de Elías, aquel íncubo que había poseído a Gloria veinte años atrás y que nunca perdonó que le arrebataran a su hijo. Juró vengarse. Y los demonios, cuando juran, cumplen.

Creímos que el tiempo había suavizado su odio. Error nuestro.

Una mañana de julio, sin previo aviso, llegaron las moscas.

No eran moscas comunes. Eran enormes, negras, con alas de terciopelo y ojos que parecían cuentas de obsidiana. Zumbaban como campanas rotas. Entraban por las rendijas, por las chimeneas, por las narices si una se descuidaba. La hermana Gloria, que era de un pueblo cercano, las reconoció de inmediato.

—Son moscas panteoneras —dijo pálida—. Solo aparecen donde hay cadáveres.

Pero no había cadáveres en el convento. Al menos, no todavía.

Al principio intentamos convivir con ellas. Luego fue imposible. Cubrían las paredes como alfombras vivientes. Se metían en la boca cuando rezábamos el Ángelus. Dejaban sus huevos en el pan, en la fruta, en la sopa. Pronto las larvas blancas y gordas se arrastraban por todas partes, cayendo desde el techo sobre los hábitos, metiéndose entre los dedos de los pies descalzos.

Las hermanas empezaron a enfermar. Fiebre, vómitos, diarrea sanguinolenta. La hermana Lucrecia, que tenía el corazón débil, murió la tercera noche. La seguimos velando entre nubes de moscas que se posaban en sus ojos abiertos. Evangelina la siguió dos días después. El padre José, que había venido desde la ciudad a ayudar, confirmó lo que todas sospechábamos.

—Es la cuarta plaga de Egipto —dijo mientras asperjaba el cadáver con agua bendita—. Belcebú, señor de las moscas.

Quemamos romero, alcanfor, ruda. Trajimos golondrinas en jaulas para que las devoraran. Nada funcionaba. Hasta que una noche, después de nueve días de rosario continuo, las moscas desaparecieron tan rápido como habían llegado. Quedamos exhaustas, pero vivas.

Entonces empezó el picor.

La hermana Refugio fue la primera. Se rascaba la cabeza hasta sangrar. Pensamos que era caspa, o piojos comunes. Pronto todas nos rascábamos como poseídas. Eran piojos, sí, pero no normales: eran del tamaño de granos de arroz, negros y duros como garrapatas. Salían de la nada, de las costuras de los colchones, de los dobleces de los escapularios.

La madre superiora en persona tomó las tijeras y cortó su propia cabellera gris, que llevaba cincuenta años bajo el velo. Luego nos rapó a todas, una por una, en el lavadero. El suelo quedó cubierto de mechones negros, castaños, rubios, blancos. Nos depilamos axilas y pubis con cuchillas desafiladas y agua caliente. Andábamos peladas como huevos, con la cabeza que brillaba bajo la luz de las velas, y nos sentíamos más desnudas que si estuviéramos sin hábitos.

El padre José nos miró con tristeza.

—Tercera plaga —susurró—. Los piojos que afligieron a los egipcios.

Fregamos con lejía hasta que las manos nos sangraron. Quemamos los colchones viejos. Plantamos lavanda y ruda en todo el huerto. Las oraciones no cesaban. Y un día, también los piojos se fueron.

Creíamos haber vencido. Nos equivocamos otra vez.

María fue la primera en mostrar las ampollas. Le salieron en la cara, en el cuello, en las manos: burbujas llenas de pus que al romperse dejaban cráteres en la piel. Luego vino la fiebre, los escalofríos, los vómitos verdes. En menos de una semana todas estábamos postradas, cubiertas de costras, y olíamos a enfermedad y a muerte.

Nos untábamos pasta de avena, nos dábamos baños de manzanilla, rezábamos salmos de sanación. Quince días duró la plaga. Quince días en que creímos que el convento se convertiría en un lazareto de leprosas. El padre José, con los ojos enrojecidos de tanto velar, confirmó:

—Sexta plaga: úlceras y pústulas.

Cuando la última costra cayó y pudimos volver a ponernos de rodillas sin que nos doliera todo el cuerpo, nos abrazamos entre lágrimas. Pensamos que lo peor había pasado.

Entonces murieron las vacas.

Una mañana las encontramos hinchadas en el corral, con los ojos reventados y la lengua negra. Luego las cabras. Después las gallinas. Sin leche, sin queso, sin huevos, el convento empezó a pasar hambre de verdad. El padre José ya no hablaba: solo asentía con amargura.

—Quinta plaga —dijo—. Pestilencia sobre el ganado.

Si él tenía razón, quedaban tres: sangre, ranas, granizo y fuego. No teníamos fuerzas para tres más. Nos arrodillábamos día y noche y rogábamos que Dios tuviera piedad.

Y entonces, cuando menos lo esperábamos, Elías volvió.

Lo vimos en la puerta del convento al atardecer, recortado contra el sol que se ponía brillante como sus ojos. Llevaba la

misma capa negra con la que se había ido, pero estaba más alto, más delgado, con una sombra de barba que lo hacía parecer mayor. Corrimos hacia él y gritamos su nombre. Hasta la madre superiora olvidó la compostura y lo abrazó como a un hijo pródigo.

—¿Dónde estabas, hijo? —le preguntaba Gloria entre sollozos, tocándole la cara, las manos, la cola, como para asegurarse de que era real.

Cuando le contamos todo —las moscas, los piojos, las úlceras, las vacas muertas—, sus ojos se oscurecieron hasta volverse dos pozos de carbón.

—Esto lo ha hecho él —dijo con voz que ya no era de niño—. Mi padre.

Aquella noche no durmió. Lo vimos caminar por el claustro, hablaba solo, con la cola que azotaba el aire. Al amanecer salió sin despedirse. Lo seguimos hasta el camino viejo, el que lleva al cerro de las cruces.

Se detuvo en la cima, abrió los brazos y gritó con una voz que hizo temblar la tierra:

—¡Padre! ¡Soy Elías! ¡Deja en paz a las monjas del convento! ¡Habla conmigo!

El viento cesó de pronto. Las nubes se detuvieron. Y una voz respondió desde el fondo de la montaña, una voz que olía a azufre y a tumbas abiertas:

—Vaya, vaya. El hijo pródigo regresa. ¿Qué me ofreces a cambio de su paz, pequeño bastardo?

Elías apretó los puños hasta que las garras se le clavaron en las palmas.

—Dime qué quieres.

Hubo un silencio tan denso que dolía.

—Te quiero a ti, hijo mío. Ven conmigo. Quédate en la oscuridad... y ellas vivirán.

Ese fue el trato.

Elías volvió al convento al mediodía. Nos buscó una por una. A Gloria la abrazó más tiempo. Le dijo algo al oído que la hizo derrumbarse. Luego vino donde estábamos todas reunidas en la sala capitular.

—Me voy —anunció—. Para siempre. Así él las dejará en paz.

Intentamos detenerlo. La madre superiora se arrodilló. Gloria lloraba sin consuelo. Pero él negó con la cabeza.

—Ya no soy un niño. Sé lo que tengo que hacer.

Antes de irse, se acercó a mí. Me tomó la mano y puso en ella una pequeña cruz de obsidiana que él mismo había tallado de niño.

—Guárdala —me dijo—. Y cuando recen por mí, recuerden que elegí ser hijo de Dios... aunque me cueste el infierno.

Lo vimos alejarse por el camino. Esta vez no miró atrás. Cuando llegó al cerro, una sombra negra se alzó del suelo y lo envolvió. Gritó una sola vez, un grito que no era humano ni demoníaco, sino de puro dolor. Luego desapareció.

Desde entonces no hemos vuelto a sufrir plagas. Ni moscas, ni piojos, ni úlceras. Las vacas volvieron a dar leche. Pero el convento está en silencio. Gloria ya no habla. Y cada noche, al

## *EL DIARIO DE LA MONJA*

pasar por el claustro alto, veo su silueta recortada contra la luna, en espera de que su hijo regrese.

Tal vez algún día lo haga. Tal vez no. Solo sé que Elías, nuestro Cambión, nuestro pequeño demonio de ojos rojos, eligió salvarnos a costa de su alma.

Que Dios lo tenga en su gloria... o al menos en su misericordia.

Isabel cerró el diario. Las lágrimas le corrían por las mejillas sin que se diera cuenta. Afuera, en la oscuridad, algo arañó la ventana. Pero esta vez no tuvo miedo. Tomó la cruz de obsidiana que llevaba colgada al cuello —la misma que el padre Anselmo le había regalado y dijo que perteneció a una monja que conoció a un Cambión— y rezó por Elías, dondequiera que estuviera.

## CAPÍTULO 13 *LAS MONJAS* *EXORCISTAS*

**T**ras leer sobre las plagas apocalípticas que azotaron el convento, Isabel permaneció largo rato con el diario abierto sobre las rodillas, como si las palabras quemaran. Aquello que narraba la monja superaba todo cuanto ella había creído posible. Sin embargo, la curiosidad —esa serpiente que nunca duerme del todo en el corazón humano— era más fuerte que el miedo. Con dedos temblorosos, pasó la página.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 5 de marzo de 1692, año del Señor.

Por gracia de Dios y de la Santísima Virgen, el padre de Elías cumplió su juramento y nos dejó en paz. Mas nosotras sabíamos que los demonios son príncipes del engaño y que jamás renuncian a lo que consideran suyo. Su silencio no era rendición, sino acechanza.

No tardamos en tener razón.

Pronto el asedio se extendió al pueblo. Llegaban rumores de posesiones: un herrero que hablaba en lenguas antiguas, una comadrona que arañaba las paredes hasta sangrar, un niño que vomitaba clavos. Nadie osaba pedirnos auxilio. Corrían voces de que los demonios habían salido del convento, que nosotras mismas los alimentábamos con nuestras oraciones torcidas. La calumnia es arma vieja del Maligno.

Pero el orgullo humano cede cuando el terror golpea la propia puerta.

Recuerdo al primero que vino: un mozo llamado Bartolomé, de ojos enrojecidos por el llanto y la vergüenza.

—Mi madre está poseída —dijo con voz quebrada. La tenían encerrada en una casona abandonada en las afueras, atada como alimaña. Le expliqué que no podíamos actuar sin permiso del esposo o los padres y, sobre todo, que desde la muerte del padre Damián no teníamos sacerdote autorizado para exorcismos mayores.

Pasaron cinco días. La mujer empeoró. Gritaba blasfemias que helaban la sangre, se retorció como si fueran a romperse los huesos contra las cadenas; escupía sangre negra. Al sexto día llegó el marido, don Diego de la Cruz, arrodillado en el locutorio del convento, con la cara llena de arañazos hechos por su propia esposa.

—Norma quiere matar a nuestros hijos —sollozó—. Las voces se lo ordenan. El pueblo la ha confinado, pero ya no sabemos qué hacer. ¡Por lo que más quieran, hermanas, ayúdennos!

Le repetí que no teníamos exorcista. Se volvió a hincar para suplicar.

—¡Entonces vengan ustedes! ¡Dios las ha de asistir!

No pudimos negarnos. El mandato de Cristo es claro:

Mateo 10:8

«Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los que tengan alguna enfermedad en la piel, expulsen a los demonios. Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente».

La hermana Gloria y yo nos miramos. Ella, que había sido violada por un íncubo y había parido un cambión, sonrió con esa dureza suya que parecía tallada en pedernal.

—Vamos —dijo sin más.

Nos preparamos con los hábitos más viejos, los que no importaba manchar. Llevamos el Ritual Romano del padre Damián, agua bendita que habíamos bendecido nosotras mismas en nombre de la Trinidad, una cruz de olivo y la estola púrpura del difunto. Temíamos que el pueblo nos recibiera a pedradas. No fue así. La necesidad es madre de extraños respetos.

Nos guiaron hasta la casona. Era una ruina colonial con tejado hundido y paredes comidas por la humedad. Un hombre quitó cadena y candado. Al abrirse la puerta, nos golpeó un hedor a podredumbre y excremento humano que casi nos hizo retroceder. Con antorchas vimos el interior: vigas rotas, ratas, basura amontonada. El lugar perfecto para que anidara un espíritu inmundo.

—Primero hay que limpiar —ordené—. Luz y aire puro. El demonio odia la limpieza tanto como la cruz.

El pueblo obedeció de inmediato. Mujeres barrieron, hombres sacaron escombros, abrieron ventanas tapiadas. El sol de la tarde entró como una espada.

Luego nos llevaron al fondo, por un pasillo que olía a muerte. La habitación no tenía puerta. Lo que vimos nos dejó mudas.

Norma yacía sobre un colchón podrido, desnuda, cubierta de sus propios excrementos. Las moscas formaban nubes negras. Estaba atada de pies y manos con cuerdas que le habían abierto surcos en la carne. Sus ojos, cuando nos vieron, brillaron con un odio que no era humano.

Así no podíamos ni acercarnos. Ordenamos bañarla, cambiarle la ropa, traer una cama decente, sábanas limpias, agua de colonia. Mientras el pueblo obedecía, yo repasaba en silencio cuanto había aprendido del padre Damián y del padre Francisco —aquel jesuita enviado por Su Santidad Clemente X que tanto nos había instruido antes de regresar a Roma—. Insistían siempre en lo mismo: primero confirmar la posesión. A veces no era demonio, sino melancolía, epilepsia o locura del útero.

Cuando todo estuvo listo, entramos las dos solas. Norma parecía exhausta, casi humana. Me arrodillé junto a ella.

—¿Oyes voces, hija mía?

—Sí, madre —respondió con voz temblorosa.

—¿Qué te dicen?

—Que mate a mi marido y a mis hijos. Que los abra en canal y beba su sangre.

—¿Y tú quieres hacerlo?

—¡Nunca! —gritó, y lágrimas auténticas rodaron por sus mejillas sucias—. ¡Son mi vida!

No había, al parecer, signos claros: ni aversión total al crucifijo, ni conocimiento de lenguas ocultas, ni fuerza sobrehumana... aún. Pero el demonio es astuto y sabe fingir cordura.

Mientras Gloria la interrogaba con suavidad, me acerqué y susurré al oído la antigua fórmula:

—*Vade retro, Satana.*

Retrocedí un paso. Primero me miró con odio puro. Luego su rostro se transformó: los ojos se inyectaron en sangre, la boca se torció en una mueca imposible.

—*Nunquam, monialis* —graznó en latín gutural—. *Mea est.*

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Sentí que el aire se volvía espeso, como si respiráramos azufre. Disimulé el miedo y respondí con la oración de san Antonio:

—*CruX sacra sit mihi lux, non draco sit mihi dux...*

El demonio rugió. De la boca de Norma salió un gargajo sanguinolento que me alcanzó en plena cara. Me quedé ciega un instante; el líquido quemaba como ácido. Oí su risa gutural mientras Gloria me limpiaba con su propio velo.

Me puse la estola del padre Damián, tomé el Ritual Romano y el hisopo.

—¡Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo impera! —grité, arrojándole agua bendita.

El cuerpo de Norma se arqueó como un arco tensado al límite. Un alarido inhumano llenó la habitación.

—¡Maldita ramera! ¡Sólo un sacerdote ordenado puede exorcizar!

—Mientes —repliqué, limpiándome la cara—. El primer exorcista fue Jesús de Nazaret, y no llevaba estola ni permiso de Caifás. ¡Por su autoridad te echo, espíritu inmundo!

—¡Yo estuve allí, ramera! —aulló—. ¡En Cafarnaúm, en Gerasa! ¡Su poder no venía de rituales, sino del Padre! ¡Tú no eres nada!

Aquella noche luchamos hasta el alba. El demonio nos insultó en griego, en náhuatl, en lenguas que nadie conocía. Vomitó sapos muertos, intentó estrangularse con sus propias cadenas. Al final, exhaustas, tuvimos que retirarnos al convento. Un exorcismo no es un acto de minutos; es una guerra.

Pero yo ya había sobrevivido a cosas peores, y Gloria... Gloria llevaba al Infierno en la sangre y no le temía.

Al día siguiente regresamos. El pueblo empezaba a mirarnos con respeto temeroso. Al entrar, el demonio nos recibió con sorna:

—¿Ya llegaron las rameras del Cristo crucificado?

Norma, desatada, nos arrojó puñados de excremento. Tuvimos que pedir a seis hombres que la sujetaran. Su fuerza era la de diez. Nos manchamos hasta los hábitos. El hedor era tan intenso que esa jornada no pudimos continuar; regresamos al convento, nos bañamos tres veces y quemamos la ropa interior.

Al tercer día amanecemos decididas. El pueblo entero nos esperaba con cirios encendidos. Entramos. El demonio, burlón:

—¿Por qué se fueron ayer sin despedirse, rameras?

Entonces miró a Gloria y su voz cambió, se volvió melosa y obscena:

—¡Vaya, vaya! ¡Si está aquí la famosa hermana Gloria! En el Infierno aún hablan de ti, puerca insaciable. ¡Cuánto gozaste con aquel ícubo! ¡Te dejó preñada de un cambiión hermoso! No pierdas la esperanza, querida... quizá yo te visite una noche y te haga otro.

Gloria no se inmutó. Sonrió con esa sonrisa suya que helaba la sangre.

—Qué bueno que me conozcas, desgraciado. Así sabrás que no temo a los demonios... ni dentro ni fuera de la cama. El que me poseyó era un macho de verdad. ¡Tú eres un remedo afeminado que sólo sirve para chismorrear en el infierno! Prepárate, porque soy madre de un demonio y voy a ser tu peor pesadilla.

El espíritu se quedó mudo, humillado. Fue la primera vez que lo vimos titubear.

Durante un mes entero, sin tregua, regresamos cada día. Gloria lo provocaba con una valentía que rozaba la temeridad; yo rezaba el Ritual, arrojaba agua bendita, imponía reliquias. El demonio nos insultaba, nos amenazaba con violaciones infernales, nos describía torturas que sufriríamos para siempre. Pero flaqueaba. Su voz se volvía más débil, los insultos menos ingeniosos.

Una mañana de abril, cuando las jacarandás empezaban a florecer morados sobre la ciudad, decidimos que sería el último día. Entramos con el alba. El demonio nos miró con odio agotado.

Gloria, como siempre, atacó primero:

—¡Oye, afeminado! ¿Todavía no tienes nombre o te quedas con el de «cobarde»?

—¡Cállate, ramera!

—¡Afeminado!

—¡Prostituta!

—¡Maricón del infierno!

Mientras ellos discutían de manera agresiva, yo rezaba sin pausa y le arrojaba agua bendita a torrentes. El cuerpo de Norma humeaba. Le puse la cruz en la frente; la piel chisporroteó.

—¡San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla...!

—¡Basta! —gritó al fin el demonio—. ¡Me llamo Belial! ¡Belial, corruptor de reyes, príncipe de la arrogancia y señor de la mentira!

Tenía su nombre. El nombre es cadena.

Me adelanté, levanté la cruz y grité con toda la autoridad que el Señor me había dado en aquellos años de dolor:

—¡Belial, por la sangre de Jesucristo te ato! ¡Te ordeno que salgas de esta mujer y regreses al abismo que te corresponde! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te expulso!

El cuerpo de Norma se elevó del lecho más de un codo, rígido como tabla. Un rugido salió de su garganta que hizo temblar las vigas. Vomitó un chorro de bilis negra que olía a azufre y podredumbre. Luego cayó inerte.

El silencio fue absoluto.

Corrí a tomarle el pulso. Estaba viva, débil, pero liberada. Gloria la abrazó y lloró como niña. Norma abrió los ojos, miró a su alrededor y preguntó con voz ronca:

—¿Dónde están mis hijos?

El médico la encontró deshidratada, anémica, con heridas infectadas, pero viva.

Cuando salimos con ella en brazos de su marido, el pueblo entero nos esperaba arrodillado. Nos dieron flores, pan recién horneado, frutas, lágrimas. Nos besaban los hábitos sucios.

Al despedirnos, una mujer se arrojó a nuestros pies.

—¡Madre, madre! ¡Mi hija de quince años! ¡Un demonio la tiene desde hace tres días! ¡Es agresivo, ha herido a su padre!

La levantamos, la abrazamos.

—Mañana vendremos —le prometimos.

Desde aquel día, en el pueblo y en las haciendas cercanas nos conocen como «las monjas del convento maldito».

Nos llaman, con respeto y temor, «las monjas exorcistas».

Y aunque sabemos que la guerra no ha terminado —pues donde Cristo levanta su estandarte, el Infierno redobla sus ataques—, por primera vez en muchos años dormimos sin cerrar con llave la puerta del convento.

## CAPÍTULO 14 OFRECIÓ SU ALMA

Isabel se estremecía en la penumbra de su habitación en la posada; el aire no solo estaba frío, sino impregnado de un aliento antinatural, como si algo invisible respirara junto a ella. La vela agonizaba, su llama torcida proyectaba sombras que ya no parecían danzar, sino acecharla, deformándose en figuras que reptaban por las paredes. Sobre la mesa, el diario de la monja aguardaba abierto, su cubierta de cuero desgarrado parecía palpitar como piel muerta. Las páginas amarillentas exhalaban un hedor nauseabundo, mezcla de moho y sangre reseca, como si cada palabra escrita hubiera sido arrancada de un cuerpo.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 21 de octubre de 1692, año del Señor.

Al día siguiente de haber arrancado a aquella desdichada mujer de las garras del Maligno, amanecimos en el convento envueltas en una alegría casi pecaminosa. Los pájaros, que por lo general se mantenían discretos entre los cipreses, cantaban con una libertad que parecía desafiar al mismo cielo. Los rosales blancos del claustro menor habían abierto todas sus flores de golpe, como si la tierra misma celebrara la victoria. Las hermanas trabajaban con una ligereza que no recordaba haber visto nunca: la hermana Teresa tarareaba canciones mientras fregaba los corredores, la hermana Catalina reía al ordeñar las cabras, y hasta la severa madre abadesa sonreía al pasar revista.

Yo estaba exultante. Con razón. Junto a la hermana Gloria —mi ángel custodio en esta guerra invisible— habíamos realizado nuestro primer exorcismo completo. Habíamos visto al demonio

retorcerse, vomitar blasfemias en latín macarrónico, y al fin abandonar el cuerpo de aquella pobre mujer con un alarido que aún resonaba en mis oídos. Sentía que el Señor nos había ungido con su propia mano.

Sin embargo, en medio de la euforia, las palabras del padre Francisco volvían una y otra vez, como un badajo de campana: «Ningún exorcismo es igual, hija mía. No deben confiarse jamás. Hay legiones enteras que esperan, pacientes, siglos si es necesario, para cobrarse una sola alma».

Esa misma tarde, fieles a la promesa hecha a una mujer que sufría por su hija, partimos hacia el pueblo. El sol caía a plomo sobre los magueyes; el polvo se nos pegaba al hábito como arena del infierno. Cuando llegamos, una multitud nos esperaba en la plaza. Nunca había visto nada igual. Ni siquiera al padre Damián, el exorcista oficial del obispado, lo recibían con tanto fervor.

—¡Ya llegaron las monjas exorcistas! ¡Benditas sean!

Nos abrazaban, nos besaban el hábito, nos ofrecían flores y tortillas recién hechas. Nos sentíamos importantes, casi santas. Yo intentaba mantener la humildad, pero confieso que el corazón me latía orgulloso.

La madre de la joven poseída nos esperaba en el umbral de una casita de adobe. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Nos hizo pasar, cerró la puerta con cerrojo y, antes de llevarnos con su hija, nos suplicó que escucháramos todo.

—Se llama Amalia —susurró—. Tiene diecisiete años y nunca fue bautizada. Al principio pensé que era la edad, ya saben... los muchachos se rebelan. Pero luego empezó a mentir sin motivo, a maldecir a su padre muerto, a acostarse con cualquiera que se lo pidiera. Una noche la encontramos desnuda en el corral, revolcándose en el estiércol y... comiéndoselo. Desde entonces escupe sangre, gusanos, excremento. A veces habla con voz de hombre viejo. Ayúdenla, por amor de Dios.

La hermana Gloria y yo nos miramos. Coprofagia, blasfemia sistemática, ausencia de bautismo... El cuadro era grave. Muy grave.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—En su cuarto. La até a la cama con sogas benditas que me dio un Cura, pero ya no sé si sirven.

Nos llevó con la muchacha.

Entramos. El cuarto olía a podredumbre y orina vieja. Las ventanas estaban tapiadas. Amalia estaba sentada en un colchón viejo y mal oliente, con las muñecas en carne viva por las cuerdas. Al vernos, sonrió con una dulzura que helaba la sangre.

—Buenas tardes, hermanas —dijo con voz de niña.

Nos presentamos. Hablamos del tiempo, del mercado, de cualquier cosa. Observábamos. No había convulsiones, ni movimientos bruscos o levitación. Solo una muchacha pálida y asustada.

—¿Sientes que algo te molesta por las noches? —preguntó Gloria con suavidad.

Amalia bajó la mirada.

—A veces sueño que un hombre negro que me aplasta el pecho. Quiero gritar, aunque no puedo. Me dice cosas horribles... que soy suya, que nunca me soltará. Cuando despierto, mamá dice que he hecho cosas malas, pero yo no las recuerdo.

Parecía sincera. Demasiado sincera.

Decidimos empezar por lo básico: el bautismo. Si estaba poseída, el demonio se manifestaría ante los sacramentales. Saqué de mi maletín el agua bendita, el óleo de los catecúmenos, el santo crisma, la sal exorcizada, el cirio pascual pequeño. Le

mostré cada cosa y expliqué su significado. Amalia miraba con curiosidad infantil. Ninguna reacción.

Incluso le pedí que se pusiera el ropón blanco del bautismo. Lo hizo sin protestar.

Empecé el rito. Me vestí con amito, alba y estola morada. Realicé las insuflaciones, las exsuflaciones, las oraciones de renuncia al Demonio. Nada. Ni un gruñido. Ni un respingo.

Entonces, mientras ponía las manos sobre su cabeza y pronunciaba el *Exorcizo te, immundissime spiritus...* sucedió.

Los ojos de Amalia se pusieron en blanco. La boca se le abrió de forma imposible, y mostró unos dientes que parecían haber crecido en segundos. Una voz gutural, masculina, antigua, brotó de su garganta:

—¿Qué creen que hacen, prostitutas consagradas?

El cuarto se enfrió de golpe. El aliento salía blanco.

—Vamos a bautizar a esta hija de Dios —respondí, e intenté que no me temblara la voz.

—¡Nunca! ¡Esa zorra es mía desde antes de nacer!

Y entonces empezó el infierno.

Amalia —o lo que fuera que habitaba en ella— se soltó de las sogas como si fueran hilos. Me empujó con una fuerza que no era humana; caí de espaldas contra el piso. La hermana Gloria intentó sujetarla por detrás, pero la muchacha la levantó con un solo brazo y la estrelló contra la pared. Oí crujiir costillas.

Saqué el asperjil y la rocié con agua bendita. El líquido chisporroteó al tocar su piel, y levantó ampollas. El demonio gritó. Se llevó la mano a la boca, se arrancó el dedo índice de un mordisco y lo masticó con deleite, mientras escupía sangre y astillas de hueso.

—¡Gloria, la oración de San Miguel! —grité.

Mi compañera, pálida, se incorporó como pudo y empezó:

—*Sancte Michael Archángele, defénde nos in proélio...*

El demonio se rio. Se abalanzó sobre ella, le mordió la oreja izquierda y la arrancó una parte de un tirón. La sangre salpicó la pared. Gloria gritó. Yo corrí a ayudarla, pero un golpe en la cara me abrió la mejilla hasta el hueso.

La madre irrumpió en la habitación, horrorizada. Entre las tres conseguimos reducir a la endemoniada, pero no sin precio. El demonio se mordió la lengua y escupió sangre, Gloria —en un arranque de valor desesperado— trazó una cruz sangrante en la frente de Amalia mientras rezaba el Padrenuestro al revés.

Por fin logramos atarla de nuevo, esta vez con cadenas que trajo el herrero del pueblo. El doctor llegó cuando ya la teníamos sometida. Priorizamos a Amalia: se ahogaba. Le introdujeron un tubo de caña por la garganta destrozada para que respirara.

Gloria y yo salimos al patio tambaleantes, cubiertas de sangre ajena y propia. Nos miramos. Teníamos el hábito desgarrado, la cara deshecha, el alma en jirones. Pero el demonio seguía dentro.

Y algo peor: por primera vez, dudé. ¿Y si no éramos capaces?



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 22 de octubre de 1692, año del Señor.

Amanecí con la mejilla ardiente, como si me hubieran marcado con hierro de ganado. El espejo del convento me devolvió la imagen de una mujer que ya no reconocía: un tajo

profundo desde la sien hasta la comisura de los labios, la oreja de la hermana Gloria hinchada y negra, los hábitos rotos y tiesos de sangre seca. Las hermanas nos miraban como a mártires vivas, pero yo solo sentía preocupación. Habíamos vuelto al convento al alba, escoltadas por personas del pueblo que temían que el demonio nos siguiera.

La madre abadesa nos recibió en la puerta con los ojos enrojecidos. No hubo reproches. Solo una pregunta, baja, casi asustada:

—¿Cuántos son?

—No lo sabemos —respondí—. Pero habla en plural. «Legión», dijo.

Ella se santiguó tres veces seguidas, rápido, como quien espanta moscas.

—Entonces no vuelvan solas. El padre Francisco viene de Puebla. Llegará mañana. Hasta entonces, recen. Y no hablen de esto con nadie.

Pero el pueblo ya hablaba. A mediodía llegaron mensajeros: Amalia había escapado. Rompió las cadenas como si fueran de pan de azúcar, mató al herrero de un mordisco en la yugular y desapareció hacia la barranca del Diablo. Los perros la siguieron con sus ladridos y volvieron con el rabo entre las patas, aullaban como si hubieran visto al mismo Luzbel.

Esa noche no dormimos. Nos turnamos ante el Santísimo. Yo rezaba de rodillas, pero las palabras se me atragantaban. Sentía la duda como una alimaña royéndome las entrañas. Recordaba la voz del demonio: «Esa zorra es mía desde antes de nacer». ¿Y si tenía razón? ¿Y si el bautismo no bastaba cuando el pacto se había sellado en la sangre de la madre, o de la abuela, o de alguna india que vendió su descendencia a cambio de maíz en años de hambre?

A las tres de la mañana, la hermana Gloria me tocó el hombro. Estaba pálida como la cera.

—Hermana... escuché algo.

Salimos al claustro. El aire olía a azufre y a flores podridas. Los rosales blancos del día anterior estaban negros, retorcidos, como si los hubieran quemado desde dentro. En el centro del patio, escrita con lo que parecía carbón y sangre, había una frase en latín perfecto:

«Venimus as te, filiar babylonis».

Debajo, una huella de pie descalzo, pero enorme, con seis dedos.

Corrimos a despertar a la madre abadesa. Ella miró la inscripción, se arrodilló y empezó a rezar el salmo 91 en voz alta. Pero yo vi cómo le temblaban los labios.

Al amanecer llegó el padre Francisco. Venía solo, sin escolta, cubierto de polvo del camino. Traía una maleta de cuero viejo y una cruz de plata.

Nos reunió en la sala capitular. No hubo saludos.

—¿Cuántos crees que son? —preguntó sin rodeos.

—Más de uno —dijo Gloria con voz rota—. Hablan a la vez. Voces distintas. Una de viejo que es el más violento, otra de mujer, otra... otra suena como niño.

—Esto no es una posesión común —dijo—. Esto es un principado. Alguien abrió una puerta grande, hace mucho tiempo. Y ahora vienen a cobrar.

Nos miró a los ojos, uno por uno.

—El pueblo pide que vayan otra vez. Dicen que la muchacha está en la barranca, rodeada de perros muertos. Que habla en lenguas que no reconocen y que el río se ha vuelto rojo.

Yo quise decir que no. Que ya no podía. Que tenía miedo. Pero la madre abadesa habló primero:

—Van las dos. Y va usted, padre. Y si hace falta, quemaremos la barranca entera con fuego del cielo.

El padre Francisco sonrió sin humor.

—No hará falta quemar nada, madre. Esta vez iremos preparados. Aunque me preocupa esa jovencita: cuando un demonio elige a alguien, no es al azar.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Porque en el fondo, muy en el fondo, yo ya sabía que la joven no aguantaría el exorcismo.



La nobilísima México, cabeza de la Nueva España y corazón de América, 23 de octubre de 1692, año del Señor.

Partimos al alba, cuando la niebla aún lamía los magueyes como lengua de muerto. El padre Francisco cabalgaba delante, mudo, con la cruz de plata que colgaba del cuello como un verdugo su hacha. La hermana Gloria y yo íbamos detrás en un carro tirado por mulas flacas; cada bache me abría otra vez la herida de la mejilla y la sangre fresca empapaba el vendaje. Ninguna hablaba. Solo rezábamos el rosario en voz baja, pero las palabras sabían a ceniza.

Llegamos a la barranca del Diablo cuando el sol apenas asomaba, rojo como herida abierta. El olor nos golpeó primero: carne podrida, sangre coagulada, azufre. Luego los vimos: los perros. Varios. Desparramados entre los mezquites, con las tripas afuera, los ojos reventados. Algunos aún se movían, se

arrastraban en círculos, aullaban sin voz. En el centro, sentada sobre una piedra estaba Amalia.

Desnuda, el cuerpo cubierto de arañazos. Los cabellos pegados con sangre seca. Y sonreía.

Cuando nos vio, abrió los brazos como quien recibe a la familia en día de fiesta.

—Al fin, mis rameras —dijo con voz cavernosa—. Los habíamos esperado

El padre Francisco bajó del caballo sin prisa. Sacó de la maleta una estola morada manchada de antiguos exorcismos, se la puso, y tomó también una botella de agua bendita que había sido exorcizada en el Vaticano. Yo nunca había visto tanta solemnidad en un hombre.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —empezó por hacer la señal de la cruz en el aire.

El viento cesó de golpe. Los pájaros se callaron.

Amalia se carcajeo. Sus risotadas eran estridentes.

—¿Creen que con eso basta, sacerdote? —dijo la voz grave—. Esta joven ya es nuestra.

El padre no contestó con palabras. Echó agua bendita. Donde caían las gotas, la piel de Amalia humeaba y se abría en llagas. Ella gritó de dolor.

Entonces empezó lo peor.

Se levantó. Los pies no tocaban el suelo. Flotaba a un palmo, los brazos en cruz, la cabeza echada hacia atrás hasta casi romperse el cuello. Abrió la boca y habló en latín perfecto:

—Ego sum qui sum. Ego principatus tenebrarum.

El padre Francisco no se inmutó. Sacó el Ritual Romano, lo abrió por la página marcada con una cinta roja de sangre seca, y empezó:

—*Exorcizo te, immundissime spiritus, omnis incursio adversarii...*

La muchacha cayó al suelo como saco de huesos. Se retorció. Luego alzó la cabeza y miró de frente al padre Francisco con ojos de odio.

—Esta niña nos fue prometida por su bisabuela, una bruja tlaxcalteca, por una cosecha de maíz en el año del hambre grande. El pacto se selló y la deuda se cobra hoy.

El padre Francisco apretó la cruz contra la frente de Amalia. La carne chisporroteó. Oía a carne quemada.

—No hay pacto que valga ante la sangre de Cristo —dijo con voz que retumbó en la barranca entera—. ¡Te conjuro, espíritu inmundo, por Aquel que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos!

El padre Francisco levantó la hostia consagrada que había traído escondida en un pixide de oro.

—*¡Vade retro, Satanas!*

La lucha contra el mal se extendió hasta la madrugada. De pronto la madre de Amalia se interpuso poniéndose de frente. Abrió los brazos en cruz y gritó con toda su fuerza:

—¡Tomen mi alma, pero dejen a mi hija! ¡Yo me ofrezco en su lugar!

El demonio se detuvo en seco. Oía la ofrenda. Lo vi dudar. Los demonios siempre dudan ante el sacrificio libre.

Entonces, posó ambas manos en su cabeza, las venas se le pusieron negras y los ojos en blanco.

—Señora, no... —grité.

Ella nos miró por una última vez.

—Gracias hermanas... hicieron lo que pudieron —dijo con lágrimas en los ojos—. Recen por mí alma.

Y luego cambió su voz, era la del demonio:

—Una por otra. El pacto se cumple de todos modos.

Amalia cayó enseguida, débil, pero liberada.

Mientras su madre cayó muerta. El mal nos había ganado la batalla.

## CAPÍTULO 15 **EL MALETÍN DE LA MONJA**

Isabel dejó de leer el diario con las manos temblorosas. Las letras parecían moverse en la página, como si estuvieran vivas, como si quisieran escapar del papel y trepar por sus dedos. Cerró el cuaderno de golpe, pero el eco de las palabras aún resonaba en su mente. Esa noche no pudo dormir.

La sombra volvió. Esa presencia fría que la visitaba desde hacía semanas. Se posó sobre su cama como un peso invisible. Isabel sintió el roce helado en su cuello, un contacto que no era humano. El susurro llegó a su oído: palabras incomprensibles, guturales, como si fueran pronunciadas desde el fondo de un pozo. No entendía su significado, pero sí su intención: la llenaban de terror y, de vergüenza, de un placer sucio que la hacía odiarse a sí misma.

Se revolvió entre las sábanas, intentó rezar, pero las oraciones se quebraban en su boca. Cada vez que intentaba pronunciar el nombre de Dios, la sombra se intensificaba, como si se burlara de ella.

Al amanecer, con los ojos rojos y la piel húmeda de sudor, tomó la decisión. Necesitaba el maletín de la monja. El diario lo mencionaba con insistencia: allí estaban los instrumentos sagrados, la estola del padre Damián, el agua bendita, el crucifijo bendecido por el Vaticano, el Ritual Romano. Todo lo necesario para enfrentar lo que la acosaba. Todo lo que había pertenecido a Magdalena, la monja exorcista.

El diario decía que estaba debajo de la cama en sus aposentos, en el convento abandonado. Isabel sabía el camino.

Sabía el riesgo. Pero también sabía que si no lo hacía, ella sería la siguiente víctima.

Partió sola, al alba, en un caballo alazán que le prestaron en la posada. El hombre no hizo preguntas, pero sus ojos reflejaban preocupación, como si supiera con claridad hacia dónde se dirigía Isabel y lo que allí la esperaba.

El viaje duró un par de horas bajo el sol abrasador. El paisaje parecía muerto: árboles secos, piedras agrietadas, aves que huían en bandadas como si presintieran el mal. Cuando al fin llegó, el convento se alzó ante ella como una herida abierta en la tierra.

Los muros estaban derruidos, cubiertos de enredaderas que parecían venas palpitantes. Los cuervos graznaban desde las torres, su sonido semejante al lamento de almas condenadas. El aire estaba impregnado de un olor metálico, como sangre oxidada.

Entró por la puerta lateral, la misma que había usado en su primera visita. El aire era denso, pesado, como si respirara azufre. Los pasillos olían a podrido y a algo peor... carne quemada.

Cada celda que recorría estaba vacía, pero no silenciosa. El eco de pasos inexistentes la seguía. El corazón le latía tan fuerte que temía que la oyeran.

Llegó a los aposentos. La cama seguía allí, carcomida por los años. Se arrodilló, metió la mano debajo... y no lo encontró.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Es esto lo que buscas, Isabel? —La voz cavernosa retumbó en las paredes.

Se giró despacio.

Allí estaba él.

Medía casi dos metros. Su piel era rojiza, como sangre coagulada. Los cuernos retorcidos se alzaban hacia el techo. Sus ojos eran brasas negras, ardientes. En sus garras sostenía el maletín.

—¿Cómo sabe mi nombre? —balbuceó Isabel.

El demonio sonrió y mostró dientes afilados como cuchillas.

—Porque te esperamos desde hace trescientos treinta y tres años, Isabel. Por fin regresaste a casa.

—No... yo no...

—Claro que sí. Eres tú. Reencarnada. En tu vida anterior te llamabas Magdalena. La monja exorcista más temida de la Nueva España. La que nos hizo daño. La que encerró a mi padre, el demonio íncubo en el pozo de la sacristía con el Ritual Romano. Por eso te matamos. Despacio. Te arrancamos la lengua para que no rezaras más, te sacamos los ojos para que no vieras la Cruz.

Isabel sintió que le faltaba el aire.

—Y tu querida hermana Gloria... ¿quieres saber dónde está?

—No...

—Reencarnó en el viejo guía que te trajo al convento la primera vez. Lo acabamos de crucificar cabeza abajo en el coro. Todavía cuelga allí, si quieres verlo.

Isabel cayó de rodillas entre sollozos.

—Todo fue una trampa —continuó el demonio, acercándose—. Despertamos tu curiosidad periodística, te hicimos venir al convento; el diario era la carnada para distraerte y poder capturararte. Pero fuiste muy lista y lograste escapar.

Así que tuvimos que hostigarte por las noches para que creyeras que ibas a ser poseída. Entonces acudirías desesperada en busca del maletín. Y aquí estás.

Intentó correr, pero sus piernas no respondían.

—Mírame bien, Isabel —susurró, ya a un palmo de su rostro—. ¿No me reconoces?

Lo miró. Y en el fondo de aquellos ojos infernales vio algo que le heló la sangre.

—Soy Elías, «el cambión» —dijo—. El hijo de Gloria. El que ella misma parió en este convento y nos escondieron en las celdas del sótano para ocultar su pecado.

Isabel trató de gritar, pero no salió ningún sonido.

El cambión abrió el maletín. Dentro estaban los instrumentos sagrados y un hábito manchado de sangre seca.

—Ahora nos perteneces. Nunca saldrás de aquí con vida.

El convento comenzó a temblar. Las paredes se agrietaron y dejaron escapar un humo negro que olía a carne podrida. Isabel retrocedió, pero el cambión avanzó con pasos pesados, cada uno resonaba como un trueno.

—¿Sabes por qué volviste aquí, Isabel? —preguntó con voz que parecía provenir de mil gargantas a la vez—. Porque tu alma nunca se liberó en su totalidad. Porque cuando te arrancamos los ojos, tu espíritu quedó atrapado entre el mundo de los vivos y los muertos. Y ahora, reencarnada, te hemos traído para completar lo que quedó inconcluso. Con eso, mi padre el gran demonio íncubo por fin quedará libre después de más de tres siglos.

Isabel lloraba, incapaz de moverse. El demonio levantó el crucifijo del maletín y lo dejó caer al suelo. El metal sagrado se ennegreció al tocar las piedras del convento.

—Todo lo que creías que podía salvarte —dijo— es inútil. La fe no existe aquí. Solo el dolor.

El cambi6n la tom6 del brazo y la arrastr6 hacia el coro. Isabel gritaba, pero su voz era apenas un murmullo. Al llegar, vio al viejo gu6a moribundo crucificado cabeza abajo, la piel desgarrada, los ojos abiertos en un gesto de horror eterno.

El cambi6n la oblig6 a mirar.

—Este es tu destino —susurr6—. La sangre de tu hermana, la carne de tu gu6a, todo se une en ti.

La arrastr6 hacia las escaleras que descend6an al s6tano. El aire se volvi6 m6s fr6o, m6s denso. Las paredes estaban cubiertas de s6mbolos tallados, cruces invertidas, rostros deformes que parec6an moverse en la penumbra.

En el fondo, Isabel vio el pozo. El mismo pozo donde Magdalena hab6a encerrado al demonio 6ncubo. El agua estaba negra, burbujeante, como si hirviera.

—Aqu6 comenz6 todo —dijo El6as—. Aqu6 terminar6.

El cambi6n levant6 el h6bito ensangrentado y lo coloc6 sobre Isabel. El olor a sangre seca segu6a presente.

—Ahora eres Magdalena otra vez —dijo—. Pero sin fe, sin ojos, sin lengua. Solo carne para el sacrificio.

Isabel intent6 rezar, pero las palabras se ahogaban en su garganta. El cambi6n levant6 el crucifijo ennegrecido y lo presion6 contra el pecho de la reportera. El metal ardi6, la quem6 y dej6 una marca en forma de cruz invertida.

—Ya no eres hija de Dios —susurr6—. Eres hija de la oscuridad.

El convento entero rugió. Las paredes se cerraron, los pasillos se llenaron de sombras que se arrastraban como serpientes. Isabel gritó, pero su voz se perdió en el vacío.

Entonces se dobló, ahogándose en su propio grito, cuando algo se rompió dentro de ella, no la carne, sino algo más profundo. Un estallido silencioso que no venía de su miedo, sino de mucho más antiguo.

El cambión lo sintió también. Dio un paso atrás, los ojos de brasas se estrecharon.

—¿Qué...?

El hábito manchado de sangre que le habían puesto encima empezó a temblar, como si una mano invisible lo alisara desde dentro. Las costuras crujieron. Las manchas negras de sangre vieja se volvieron rojas, frescas, vivas. El aire se cargó de un olor distinto: incienso, cera de vela, rosas perfumadas. El olor de un convento vivo, no muerto.

Isabel alzó la cabeza. Sus ojos ya no eran los de la periodista asustada. Eran grises, acerados, antiguos. Los mismos ojos que habían mirado a la cara al mismísimo Asmodeo en la Nueva España y le habían escupido el nombre de Cristo.

El cambión rugió y levantó la garra para golpearla.

La voz que salió de la garganta de Isabel no era la suya.

—Remove manus a me, incube nebulone.

Latín perfecto, duro como piedra. El cambión se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra una pared invisible.

Magdalena, en el cuerpo de Isabel, se puso de pie despacio. El hábito se ajustó solo a su cuerpo, las mangas se alargaron, el velo negro brotó de la nada y cayó sobre sus hombros como una cascada de noche. La marca de la cruz invertida en su pecho se

retorció, se quemó, se volvió del revés hasta convertirse en una cruz derecha que brilló con luz blanca.

El cambi6n retrocedió otro paso.

—No... eso es imposible. ¡Te arrancamos la lengua! ¡Te sacamos los ojos!

—Y aun así —respondió Magdalena con la boca de Isabel—, aquí estoy.

Dio un paso al frente. El suelo de piedra bajo sus pies descalzos se santificó al instante: las grietas se cerraron, las cruces invertidas talladas en las paredes se enderezaron con un crujido doloroso, como huesos desencajados que vuelven a su lugar.

El cambi6n lanzó un zarpazo. Magdalena levantó la mano derecha. No había nada en ella, pero el golpe se detuvo a un centímetro de su cara, como si hubiera topado con un muro de cristal. El demonio aulló de dolor: su garra humeaba.

—¿Recuerdas esto, Elías? —preguntó con calma aterradora—. Es la misma mano que te sostuvo cuando naciste, lloraste, cubierto de sangre y placenta infernal. La misma mano que te cuidó y dio de comer. Error mío.

El cambi6n intentó retroceder hacia el pozo, hacia su padre. Magdalena chasqueó los dedos. Las cadenas invisibles del Ritual Romano, las mismas que había forjado tres siglos atrás, surgieron del aire y se cerraron alrededor de los tobillos del demonio. Cadenas de luz pura, grabadas con los nombres secretos de Dios.

El cambi6n cayó de rodillas.

—¡Padre! —gritó hacia el pozo—. ¡Ayúdame!

El agua negra hirvió. Un rugido subió desde las profundidades, tan grave que hizo sangrar los oídos de Isabel-Magdalena. Una mano gigantesca, negra, cubierta de escamas y

úlceras, emergió del pozo y se aferró al borde. El íncubo intentaba salir.

Magdalena no se intimidó.

—Detente, Asmodeo —dijo al pozo—. Primero termino con tu hijo. Luego contigo.

Se acercó al cambiión, que arañaba el suelo en su intento por liberarse. Magdalena se agachó, tomó su rostro con ambas manos y lo obligó a mirarla. Los ojos del demonio se llenaron de terror puro.

—Escúchame bien, Elías —susurró—. Yo te bauticé en secreto la noche que naciste. Te puse el nombre: Elías. ¿Lo recuerdas? Tu madre lloraba mientras yo vertía el agua bendita sobre tu cabeza deforme. Todas te queríamos. El padre Damián te amaba como a un hijo, éramos una familia ¿Qué te pasó? ¿En qué momento perdiste el rumbo?

El cambiión tembló. Algo muy dentro de él, algo que había estado enterrado bajo siglos de odio, se agitó.

—No... —gimió.

—Sí —dijo Magdalena—. Aún hay una parte de ti que es humana. La parte que Gloria me rogó que salvara. Y hoy voy a salvarla... arrancándotela.

Sin más, hundió la mano derecha en el pecho del cambiión. No hubo sangre. Solo luz. Una luz cegadora que salió del cuerpo del demonio como si le extrajeran el alma a la fuerza. El cambiión gritó, un grito que era mitad rugido infernal, mitad llanto de niño.

Magdalena sacó algo: una esfera de luz pequeña, temblorosa, manchada de negro. El alma humana de Elías. La miró un segundo con tristeza infinita.

—Perdóname, Elías —susurró—. Esto va a doler.

La aplastó entre sus dedos.

El grito que siguió fue tan inhumano que los vitrales del convento estallaron. El cuerpo del cambión se retorció, se hinchó; los cuernos se quebraron, la piel rojiza se agrietó y salió fuego que fue succionada hacia el pozo.

El íncubo rugió de furia y dolor. La mano gigantesca intentó agarrar a Magdalena, pero ella ya estaba allí, de pie en el borde del pozo, con el hábito que ondeaba como bandera de guerra.

—Asmodeo —dijo con voz que retumbó en todo el inframundo—. Te recluí por más de trescientos años de prisión.

Sacó del hábito —del cuerpo de Isabel— el Ritual Romano que ya no estaba en el maletín, porque nunca había dejado de estar en ella. El libro se materializó en sus manos, abierto en la página exacta, las palabras brillaban con fuego.

Empezó a leer.

No era latín corriente. Era el latín de los exorcismos mayores, el que solo conocen los que han mirado al abismo. Cada palabra era un martillo. Cada sílaba, una cadena. El pozo se agitó con fuerza. El íncubo intentó salir entero, pero las palabras lo empujaban hacia abajo como si cayera un yunque sobre su cabeza.

—¡No puedes! —bramó el demonio—. ¡Te mataron! ¡Te arrancaron los ojos!

—Y aun así veo más claro que nunca —respondió Magdalena sin dejar de leer.

El agua negra empezó a hervir de verdad, pero no de ira: de purificación. El íncubo se retorcía, se deshacía, pedazos de su carne demoníaca se desprendían y se convertían en humo blanco al tocar las palabras del ritual.

Magdalena llegó al final.

—...*et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.*  
*Amén.*

Pronunció el «Amen» como un trueno.

El pozo estalló en luz. Un grito desgarró el aire, tan antiguo y lleno de odio que hasta los ángeles debieron taparse los oídos en el cielo. Luego, silencio.

El agua se volvió cristalina. El convento entero exhaló, como si hubiera estado con el aliento contenido durante tres siglos.

Magdalena cerró el libro. Miró hacia arriba, al techo derruido por donde entraba ahora la luz del mediodía, limpia, dorada.

—Se acabó —dijo.

Entonces sintió el tirón.

El cuerpo de Isabel empezó a temblar. Magdalena comprendió. Había usado el cuerpo de su reencarnación como ancla, como arma, pero el precio era volver a separarse. No podía quedarse.

Se arrodilló junto al pozo ahora tranquilo. Puso la mano sobre el pecho de Isabel, que seguía inconsciente dentro de su propia carne.

—Gracias, hija mía —susurró—. Me diste otra oportunidad de terminar lo que empecé. Ahora vive. Vive mucho. Ama. Reza cuando quieras, pero sobre todo vive.

Besó la frente de Isabel con labios que ya se desvanecían.

La luz del hábito se apagó. El velo se deshizo en polvo negro que el viento se llevó. Magdalena se desvaneció como humo de incienso y dejó solo una sonrisa serena.

Isabel abrió los ojos.

Estaba sola en el sótano. El pozo era solo un pozo viejo con agua clara. El maletín seguía cerrado a su lado, intacto, como si nunca lo hubieran abierto. El cuerpo del viejo guía ya no colgaba en el coro; en su lugar, en la cruz ahora derecha, había una rosa blanca recién cortada.

Se puso de pie, tembló, pero estaba entera. El crucifijo que el cambián había ennegrecido brillaba otra vez, limpio, colgado de su cuello sin que supiera cómo había llegado allí.

Isabel y el viejo guía salieron del convento. El sol era cálido. Los cuervos ya no graznaban; cantaban gorriones. Las enredaderas se habían vuelto flores silvestres.

Montaron el caballo alazán, que los esperaba con una quietud resignada, y se alejaron sin mirar atrás.

En la posada, el dueño los vio llegar y se santiguó tres veces.

—¿Encontraste lo que buscabas, niña?

Isabel sonrió. Era su sonrisa, pero había algo más antiguo en sus ojos.

—Encontré mucho más —dijo—. Encontré paz.

Esa noche durmió sin sombras. Y en algún lugar muy lejos, en el cielo o en el purgatorio, una monja sin ojos, pero con una sonrisa enorme miró hacia abajo y susurró:

—Bien hecho, Isabel. Bien hecho, hija mía.

Y el convento, por primera vez en siglos, quedó en silencio verdadero.

## EPÍLOGO

Isabel regresó a la capital en el camión de las seis de la mañana. Iba sentada junto a la ventanilla, con la frente apoyada en el vidrio empañado, viendo pasar los cerros que ya no parecían muertos. Llevaba en el regazo el maletín de cuero viejo, restaurado por ella misma con hilo negro y paciencia infinita, y dentro del maletín, envuelto en seda blanca, el diario de la hermana Magdalena. Ya no olía a moho ni a sangre seca; olía a incienso y a rosas recién cortadas, como si alguien hubiera estado rezando sobre él todas las noches desde 1692.

El viejo guía se había quedado en el pueblo. Cuando se despidieron en la terminal, él le apretó la mano con fuerza y le dijo, sin mirarla a los ojos:

—No cuentes todo, niña. Hay cosas que la gente no está lista para creer.

Ella asintió. Pero sabía que contaría todo, aunque fuera en voz baja, aunque fuera solo para sí misma.

Durante los primeros meses intentó volver a su vida de antes. Regresó al periódico, escribió reportajes sobre feminicidios, sobre corrupción, sobre el tráfico en la Ciudad de México. Pero las palabras le salían huecas. Sus compañeros notaban que algo había cambiado: ya no bebía café después de las cinco, ya no reía con los chistes de doble sentido, y cuando alguien mencionaba la palabra «demonio» en tono de broma, Isabel se quedaba callada, con la mirada perdida, como si escuchara una voz que solo ella podía oír.

Una noche de marzo, seis meses después de haber salido del convento, soñó con Magdalena.

Estaban en el claustro mayor, bajo la luz de la luna llena. La monja ya no tenía ojos; en su lugar había dos huecos que brillaban con luz blanca. Llevaba el hábito impecable, almidonado, y en las manos sostenía el maletín.

—No me guardés rencor por usar tu cuerpo, hija —dijo con esa voz que Isabel conocía mejor que la suya propia—. Te estoy agradecida. Pero hay una última que te quiero pedir.

—¿Qué cosa? —respondió Isabel.

—Publica el diario. Todo. Sin cambiar una coma. Sin dulcificar nada. Que el mundo sepa que el infierno existe, pero que también existe quien lo enfrenta con un rosario en una mano y una pluma en la otra.

Isabel despertó sobresaltada, con lágrimas en las mejillas. A la mañana siguiente acudió al periódico. Pidió una licencia sin goce de sueldo y se encerró en un departamento pequeño, en la colonia Roma, con su computadora.

Escribió durante meses.

No fue fácil. Algunas noches la sombra volvía, más sutil que nunca: no como violación, sino como duda. Le susurraba al oído que nadie le creería, que la tomarían por loca, que arruinaría su carrera. Isabel encendía entonces una vela bendita, abría el maletín y leía en voz alta algún pasaje del diario original. La sombra se retiraba, avergonzada, como un perro apaleado.

Cuando terminó el manuscrito, lo tituló simplemente El Diario de la Monja.

El libro salió en diciembre de 2025.

# AGRADECIMIENTO

Cuando empezaron a publicar, capítulo por capítulo, esta novela titulada El Diario de la Monja en el Reality Internacional Literario 2024, nunca imaginé que llegaría tan lejos. Hoy, con el corazón lleno de gratitud y los ojos todavía húmedos de emoción, puedo decir que esta obra ganó el primer lugar en la categoría de terror. Y ese triunfo no es solo mío: es de todos ustedes.

Gracias, de todo corazón, a cada uno de los amigos de Facebook que, día tras día, entraron al grupo del reality, leyeron los capítulos, dejaron sus comentarios, sus emojis, sus me gusta y, sobre todo, sus votos. Recuerdo perfectamente aquellas noches en que abría la página y veía muchísimos mensajes que decían ¡Ya voté, José Arturo!, «Este capítulo me encantó», «Cuándo publican el siguiente». Cada voto fue un latido más para que Elías, Magdalena, Gloria e Isabel siguieran respirando. Ustedes fueron el aire que mantuvo viva esta historia. Sin su entusiasmo, sin su fidelidad, sin su miedo compartido, este libro nunca habría llegado a la final, mucho menos habría ganado. Gracias por creer en una novela. Gracias por demostrar que el terror también puede ser sagrado.

Un agradecimiento inmenso y especial a los organizadores del Reality Internacional Literario 2024, Lorena Castro y Alejandro Irrarázabal, pareja extraordinaria de apasionados por las letras que crearon este espacio mágico donde muchos escritores pudimos competir, crecer y, sobre todo, ser leídos.

Ustedes no solo organizaron un concurso, construyeron una comunidad. Gracias por apostar por esta novela desde el primer capítulo, por emocionarse con cada eliminatoria y por celebrar conmigo como si El Diario de la Monja también fuera obra suya. Este premio lleva sus nombres grabados con letras de fuego bendito.

## EL DIARIO DE LA MONJA

Gracias a mi familia, que soportó semanas de abandono por mi dedicación a escribir los capítulos.

Y gracias, finalmente, a Magdalena, Gloria, Elías e Isabel. Ellos nacieron en mi cabeza una noche de insomnio en 2023 y se negaron a irse hasta que su historia estuviera completa. Hoy, gracias a ustedes, lectores y amigos, ya no son solo personajes: son testigos vivos de que incluso en la oscuridad más profunda puede florecer una rosa blanca que nunca se marchita. Este premio es de todos nosotros.

Con el corazón en la mano y una cruz de obsidiana en el pecho.

José Arturo Sarabia Campos

Ganador del Reality Internacional Literario 2024 – Categoría Terror.



Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías *Ecos de Terror Paranormal* y *Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas*.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.

ISBN 9798276130781



90000



9 798276 130781

Obra protegida por derechos de autor